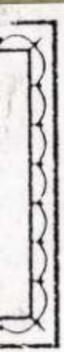


4-46-114

A.
Pasatiempo.



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: B

Ante: 6

Numero: 910

91-467 R. 17720

EL PASATIEMPO

COLECCION

DE NOVELAS TRADUCIDAS DE LOS MEJORES AUTORES

ESTRANGEROS.

TOMO 1.º

Un Desengaño. El Rey de Oros de M. E. Scribe.

Un Acto de Virtud de M. Charles Bernard.



GRANADA:

Imprenta de MORENO Y RUIZ.

1845.

R. 17423

Biblioteca Universitaria
 CANADA
 B
 15
 2.00

EL PASAJE

COLECCION

DE NOVELAS TRADUCIDAS DE

ESTRANJEROS

En Bozengano. El Pasaje de Oros de M. E. Sordani.
 Un Acto de Villalobos M. Carlos Barand.



OTTAWA:

Imprenta de Mazono y Ruiz.

1843.

UN DESENGAÑO.

UNIVERSITY OF CHICAGO



UN DESENGAÑO.

I.

Si la fatal lanza de Montgomery no hubiese privado de la vida á Enrique II, ciertamente la Francia hubiera visto renacer los hermosos tiempos de la caballería; aquel príncipe valiente, al par que galante con las damas, viviera para la gloria y el amor; las disputas teológicas no hubieran ensangrentado una córte que las despreciaba; y los ambiciosos lejos de arruinar la Francia con la esperanza de gobernarla se hubieran visto obligados á obedecer un príncipe que queria mandar á una nacion y no á un partido.

La nobleza, para agradar al rey, no tenia que seguir sino sus inclinaciones naturales; las damas bordaban bandas de colores, daban divisas, escitando así el valor y recompensándole; los jóvenes no se ocupaban sino de los torneos, de los combates y de la galantería; la mas bella no pensaba sino en triunfar del mas valiente y el valor no anhelaba trofeos sino para rendirlos á los pies de la belleza.

Amar y combatir; esta era la divisa de aquel hermoso tiempo, en que todos querian distinguirse en bravura y en amor.

*

La mayor parte de las conversaciones no trataban sino de estos dos puntos; se referian hechos de armas, se citaban rasgos de pasion, de cariño y de fidelidad. Promovíanse disputas de afecto, que, aunque muy repetidas ya, siempre agradan, porque en tratándolas con destreza los hombres creen persuadir de su fidelidad á las bellas que quieren cautivar, y estas por su parte, encuentran en ellas ocasion de manifestar sus virtudes, de realzar su precio, y su sensibilidad para alimentar la esperanza.

Los unos hablan de su humildad y de su esclavitud para conseguir su fin, y las otras de su inaccesible rigor, con una dulzura que aviva mas el deseo de vencerlo. En todas estas discusiones novelescas, ponen poco cuidado en acicalarse y en ostentar belleza, el amor propio se oculta bajo la forma de la sensibilidad, y casi siempre procura el estudio que se tome por el corazon.

Pero lo que hay mas gracioso en este combate de astucia, es que muchas veces careciéndose de sinceridad se cree en la de los demas, y que muchos engañadores y engañadoras vienen á ser juguete de los que quieren engañar.

Todos tenemos una vanidad en esta materia que contribuye maravillosamente para cegarnos; el hombre mas inconstante cree que su mérito enamorará á una coqueta, y esta se lisonjea de que sus gracias bastarán para encadenar á un infiel.

Mas los que se dejan prender mas fácilmente en estos lazos adornados de flores y tendidos con tanta destreza, son los principiantes en la liza de los amores. Aunque esten instruidos de los principios que los demas ridiculizan, como no están aun experimentados, lo desean y lo esperan todo; ellos creen que el mundo es semejante á la imágen sensible y cándida que su corazon se figura de él; demasiado sinceros para ser desconfiados, no distinguen la palabra del pensamiento, y la novela del mundo es para ellos historia. Se figuran tantas virtudes en el alma

de una bella, como pureza en su language y encanto en sus atractivos.

Se persuaden de que su querida es virtuosa y sensible; y si manifiesta alguna señal de dulzura y cariño, creen que solo una pasion irresistible es la que consigue esta victoria, y al punto la dicen que su vida no bastaria para merecer y pagar tal sacrificio; algunas veces su delicadeza no se atreve á aprovecharse de un triunfo que debe costar tantas lágrimas; ellos temen profanar el altar al que se acercan temblando, y sus escrúpulos embarazan á veces la pretendida virtud que solo desea sucumbir

Así, juguetes del arte que toman por la Naturaleza, entregan el tesoro de su primer amor, á la menos digna de gozarlo, al par que lo han rehusado á sentimientos mas verdaderos, mas puros, mas duraderos pero menos seductores.

En un error semejante cayó un jóven gallardo y valiente de la córte de Enrique.

El conde de Termes tenia 22 años y era el modelo que los ancianos caballeros presentaban á sus hijos, el esposo que los castellanos deseaban para sus hijas, y el amante que el orgullo de las bellezas de la córte se proponia encadenar á su carro triunfal.

Casualmente el cielo le habia colmado de todos los dones mas apetecibles. Su nacimiento, su fortuna inmensa, su mirada ya orgullosa, ya dulce, la blancura de sus dientes, la gracia de su sonrisa, su apostura noble y gallarda, la elegancia de su language, la belleza de sus facciones varonil y seductora á la vez, su gracia para bailar, la magnificencia de su armadura, su destreza para domar los mas fogosos corceles, el agrado y dulzura de su voz, la gloria que habia adquirido en sus hechos de armas, sus combates contra los turcos en Hungría, sus hazañas en la funesta batalla de San Quintin; todo en fin se reunia, para que fuese admirado como un héroe de historia y de novela al

mismo tiempo, y que su conquista fuese igualmente deseada por el amor y por la vanidad.

El conde de Termes habia sido educado en el castillo del viejo mariscal su padre, que se envanecía y se deleitaba en ver crecer ante sus ojos un digno heredero de su valor y su nombre. En el mismo castillo vivia la marquesa de Rieux, prima del mariscal, cuya fortuna habia sido destruida por largos infortunios; mas ella conservaba aun un tesoro de gracias, de candor y de virtud. Esta tenia una hija llamada Eleonora, tan hermosa y modesta que era imposible verla sin amarla.

Eleonora tenia la misma edad que el conde y el mas tierno afecto los unia, nacido en medio de los juegos infantiles, habia crecido y se habia desarrollado como su espíritu; cada dia se multiplicaban los dulces recuerdos que existian entre ellos. No esperaban que esta amistad tan estrecha, pronto se transformaria en amor; la metamorfosis se hizo insensiblemente y por grados, y los dolores de la primera ausencia les enseñaron lo que la costumbre de verse les habia dejado ignorar.

El conde partió para el ejército, llevándose consigo el corazón y la imagen de Eleonora. Sus almas se alligieron, se oyeron y se entendieron desde lejos mejor que de cerca; se habian tratado siempre como hermanos, y ahora se escribian como amantes; pero con la diferencia de que el conde, cuyo carácter era ardiente é impetuoso, hablaba clara y vivamente en sus cartas, de sus penas, de su llama, de sus votos y de sus esperanzas; mientras que Eleonora modesta y melancólica, sintiendo tanta timidez como amor, ignorando el poder de sus encantos, y ponderándose los atractivos de las bellezas que su amante podria encontrar, ocultaba su tímida pasión bajo el velo de la amistad, no mostraba sino una pequeña parte de su sentimiento, y no se atrevia á creer, ni en la constancia, ni en la felicidad.

Su modestia afligió y aun enojó al conde, que no encontrando en las cartas de Eleonora el fuego que brillaba en las suyas, no le hablaba á su escudero sino de sus desgracias.

—«Querido Durand, le decia, mira hasta qué punto soy desgraciado; yo adoro á una muger celestial; me parecia que Dios me la habia destinado para hacer mi felicidad; nacidos bajo un mismo techo y educados juntos, todo era comun entre nosotros; los placeres, los juegos, los estudios, el honor, la virtud, la felicidad, se presentaban á nuestra vista, con los mismos colores, nuestros pensamientos estaban siempre conformes, nuestras dos almas en fin, no eran mas que una. Ningun rival habia podido darme la idea del temor; ella solo piensa en mí. Mas ay! una corta ausencia disipa esta ilusion tan hechicera; esta conformidad de pensamientos, de cariño, no ecsiste ya, mientras que con la ausencia crece mi amor, ella lo olvida. Yo hablo como un amante, ella como una hermana. Mis primeras hazañas me han adquirido gloria, mas yo no anhele laureles sino para rendírselos; no se interesa en mi reputacion, y solo manifiesta los temores de una amiga, en cuanto á los peligros que me amenazan en la guerra.»

—«Vive Dios, respondió con tono alegre el escudero, que me es imposible participar de vuestro pesar, y tomar parte en vuestro dolor. Porque asi vos no sois feliz, aseguro que no hay en la tierra quien lo sea, y sois ingrato contra la Providencia cuando con tanto cariño os trata.»

«Sois un caballero distinguido, jóven, rico, gallardo; las damas mas bellas donde quiera que estais, no hacen sino admiraros; teneis una destreza admirable para vencer en los torneos á los mas bravos caballeros; en la guerra parece que un ángel os cubre con un broquel invencible; os arrojaís en medio de los escuadrones de esos malditos turcos, que el cielo confunda sin que sus cimitar-

ras os toquen al bulto; vuestro carácter es dulce, leal, y por consiguiente muy facil de ser engañado en amor, y mas en un siglo en que tantas enamoradizas tienden sus redes y se burlan despues de la presa que se ha dejado prender; y para colmo de vuestra dicha, una flor se alza en la soledad modesta, encantadora, que no crece, no perfuma el aire sino por vos.»

«Amais y sois amado, ¿qué mas quereis? os quejais de que ella no hace como debia vuestra felicidad. La señora de vuestros pensamientos, decís, que es demasiado fria, demasiado tímida y que no está apasionada de vos tanto como vos de ella.

«Ah! qué injustos son los hombres! En verdad que no merecen tanta felicidad. La señorita de Rieux es pura como el aire que respira, natural como la rosa de abril, y modesta como una virgen del Señor. Pues qué, ¿quereis que sea tan fogosa como un jóven, tan esaltada como una coqueta y tan aventurera como un paladin? Ella os ama para vos y no para ella, por sentimiento y no por vanidad.»

«Creedme, señor, yo tengo alguna esperiencia, he servido veinte años de escudero al desgraciado M. de Chataigneraye, le he visto muchas veces engañado por pérfidas damas que se mostraban precisamente como vos quisiérais ver á Eleonora. A fé mia que no sé lo que vosotros, jóvenes aristócratas, haceis de vuestro talento. La naturaleza os fastidia, no os agrada mas que el arte; no conoceis el precio de un fino diamante blanco y hermoso y os dejais alucinar de las piedras falsas que no tienen mas valor que el que les quieren dar vuestra imaginacion y vuestra fantasía.»

Tales eran las frecuentes conversaciones del conde y de su buen escudero. Mas las razones de Durrand no penetraban en el alma de su señor, que no cesaba de quejarse de la pasion que él queria ver pintada de otro modo, manifestada con las es-

presiones de un amor que reprimian la timidez y el pudor.

Pasado algun tiempo, el conde partió para Paris, llamado por el Rey que se disponía á pelear con los españoles.

II.

Poco mas de dos meses haria que el conde moraba en la capital, y Durand estaba admirado del cambio que se notaba en él; su acostumbrada alegría se habia convertido en tristeza, á la vida agitada que antes tenia habia sucedido la aficion á la soledad, en lugar de la paz y de la confianza que antes se notara en él, se veian señales de turbacion y de inquietud. El buen escudero se alegraba mucho de esta mudanza; creia que su amo, convencido de sus razones, habia por fin abierto los ojos y ya no dudaba ni del amor de Eleonora, ni de su felicidad.

Una noche que volvia el noble caballero de un baile que habia dado la duquesa de V.... entró cantando alegremente una balada de Marot y le dijo Durand: «Me alegro, señor; he aquí como yo os queria ver, alegre, contento, de buen humor, curado de vuestros temores y de vuestras quiméricas dolencias. Ahora conoceréis que yo tenia razon; y aun apostaré que ya no repetireis vuestras injustas quejas contra vuestra hermosa prima »

—« Yo quejarme de mi querida Eleonora! No, amigo, no tengo ningun resentimiento contra ella, y seria muy injusto si lo tuviera —« Bien os lo habia yo dicho, mas no quisísteis creerme; con que, ¿ y ahora convenís en que ella os ama?—Jamás lo he dudado, y seria muy ingrata si no correspondiese al tierno afecto que le profeso; mas yo hacia muy mal en exigir de ella lo que nunca se podria efectuar. Su

corazon es tierno, pero jamás estará apasionado; ella no es susceptible de amor, y quizá será así más feliz. En cuanto á mí, yo he renunciado á una esperanza muy dulce, es verdad, pero que jamás podria realizarse. Siempre seré el primer amigo, el hermano de Eleonora; mas conozco la diferencia de un alma sensible á otra de fuego; conozco el verdadero amor, y me parece imposible que mi prima sea capaz de experimentarlo.»

«Pobre Eleonora! la sacrificais, ¿y por quién, buen Dios? por alguna artificiosa coqueta que no tendrá mas que volubilidad, palabras melosas, posturas afectadas, y en fin, donde todo es prestado y falso, encantos, lenguaje, sentimientos, que no tendrá alma sino en la cabeza, con lengua de fuego y corazon de hielo! Ah! temed!....»

—«Acabará alguna vez, dijo el conde, con tus fastidiosos sermones. Tienes una charla que me incomoda. Pues qué ¿crees tú que tengo tan poca experiencia, para ser juguete de falsas apariencias y para no saber distinguir la verdad del engaño? Por cierto que no te perdonaría tus injurias si conocieses el objeto que las causa u nombre solo te obligaría á bendecirla y admirarla.»

—«Bien, replicó Durand suspirando, pero esforzándose para disimular su disgusto, podrá ser que yo me equivoque; pero decidme, si quereis, quién es esa perfecta hermosura que os ha cautivado en tan poco tiempo.»

—«Es la condesa de Nangis.—Por vida de... no lo estraño; es la mas hermosa de Paris.—Ah! tú la conoces?—Mucho; mi difunto amo tambien ha sentido como vos el peso de sus cadenas.—«Y bien, dejarás de conocer que es una de esas mugeres cuya belleza luce á espensas de la virtud? todos la respetan, todos la admiran.»

—«Lo confieso, madama de Nangis tiene muchos atractivos, y aun talento, ningun defecto ha empañado sus conquistas. Nuestros príncipes, y nuestros

mas famosos guerreros, en vano han suspirado por ella, y sus rigores han destruido siempre la esperanza que su irresistible gracia hacia nacer. Ella es tan altiva como hermosa. Ah! y me han asegurado que entre sus adoradores el que mas se distingue era el conde de Bar, vuestro compañero de armas, vuestro émulo de gloria, y que se trataba de matrimonio entre ellos, y.....—Ya lo sé, replicó el conde, Bar me habia hablado de eso, él trataba de matrimonio, sin haber obtenido aun el sí que deseaba. Mas tú sabes que en la última campaña se comprometió imprudentemente, y fué batido y hecho prisionero con una parte del cuerpo que mandaba, y cuyos restos pude yo salvar con bastante trabajo. El conde demasiado ocupado de su desgracia, solo pensaría en ver como podría comprar su libertad, y entibiaria su correspondencia: la condesa se habia picado de esto, él se justificaria mal, y en fin, yo no sé, pero el hecho es que desde que él está en París, ha visto con menos frecuencia á la señorita de Nangis y que sus relaciones han mudado de aspecto.

«Esta belleza orgullosa, cuya primera mirada me ha seducido, y cuya conversacion me ha encantado, no ha podido á pesar de todos sus esfuerzos, ocultarme que yo habia conmovido su corazon. En fin, yo soy feliz, y mi felicidad no puede ser turbada, ni por temor, ni por rival alguno.»

—«Oh! Oh! dijo Durand sonriendo, con que todo esto ha sucedido despues de la derrota del conde de Bar, y despues de vuestra victoria? os doy la enhorabuena, amor, fortuna, gloria, todo sonrie á vuestros ojos, vais tan bien en la galantería como en la guerra. El favor del rey y el de una bella, os coronan al mismo tiempo; en menos de seis meses vais á ser el vencedor de vuestros enemigos, el héroe de la córte, el hombre de moda de París, y el espanto de vuestros rivales; ¿quién no os tendrá envidia? Pero, creedme, en medio de todo esto, algun dia os convenceréis de ello, la incomparable

señorita de Nangis, no vale tanto como vuestra dulce Eleonora.»

—«Es verdad, replicó el conde enternecido, mi querida prima no admite comparacion; su gracia, su candor, su alma pura, su modesta belleza, la dulzura de su lenguaje, son atractivos que solamente se encuentran en ella.

«Una tierna simpatía nos unia, la idea de felicidad y la suya me parecian inseparables, mas ella no puede experimentar el fuego que inspira, su razon pacífica no conoce la pasión, lo digo con dolor; pero yo quiero ser amado, como amo, con exceso; mi corazon lo ecsige así, la amistad no basta para satisfacerlo.

«Ah! si tú supieses cómo pinta el amor, cómo habla de él, y como lo siente la señorita de Nangis! El primer dia que nos vimos, fuimos los dos heridos por un mismo dardo; permanecimos inmóviles; todo lo que nos rodeaba, no ecsistia para nosotros; nuestros ojos no podian dejar de mirarse, ella bajaba algunas veces los suyos al advertir mi admiracion, pero cuando los levantaba, su dulce languidez, el rubor que coloraba sus mejillas, todo introducía la turbacion y el fuego en mi seno

«La casualidad hizo que me acercase á ella. Con qué gracia me habló de mis acciones, de mi gloria! qué talento y qué moderacion en sus elogios! Dá al amor propio todos los goces que ambiciona, sin dejar entrada á la modestia.

«La conversacion fué general, mas pronto hablamos de amor. Qué orgullo en sus principios! qué calor en su alma! cómo alababa esta doble vida, esta union perfecta de dos seres que solo respiran el uno para el otro, y que todo es comun entre ellos, penas, placeres, fortuna y gloria! Cómo sabrá interesarse en el renombre de su amante y adornarse con los laureles que aquel le conquiste! Pero tambien qué de cariño, qué de constancia

eesige ella para hacerse digno de tan bello galardón!

« Al escucharla yo temblaba, creia que jamás sería bastante perfecto para igualarla. Desde aquel momento la busqué, la seguí á todas partes, la ví casi todos los días, que á su lado me parecian instantes. Nos entendiamos tan bien como si nos hubiésemos conocido veinte años hace; y entretanto á cada momento me parecía descubrirle un nuevo encanto. Al fin ella me escuchó. Le declaré mi pasión y no fué coqueta conmigo, no me hizo comprar por algun artificio vulgar el sí que algunas mugeres retardan, queriendo darle mas precio. Nosotros nos juramos mil y mil veces ser el uno para el otro; y yo espero, querido Durand, que despues de que se celebren las bodas de la princesa Margarita, y el gran torneo que intenta dar el Rey, un pronto y dulce himeneo realizará mis esperanzas y asegurará siempre mi felicidad.

—« Ah! infeliz Eleonora! Esta fué la única palabra que pudo pronunciar el buen escudero. Vuelto en sí de su sorpresa, iba á manifestar á todo trance su afliccion, mas en aquel mismo instante recibió el conde un billete de la señorita de Nangis. Lo leyó con ardor, lo estrechó contra sus labios, trasportado de gozo y salió precipitadamente.

III.

Los desposorios de la princesa Margarita se celebraron con el esplendor y magnificencia que convenia á la córte de Francia. Pero no ofrecieron encanto alguno al conde de Termes: la señorita de Nangis no los embellecia y por consiguiente perdian todo su precio á los ojos del caballero. El padre de la condesa habia sido atacado de una aguda enfermedad, y estaba en peligro, por consiguiente la señorita de

Nangis se vió obligada á dejar á París y á marchar al lado de su padre.

El conde estaba triste, pensativo, en medio de la alegría de todos; aun en las mas grandes reuniones se distraia tanto, que no veia los que le hablaban y cualquiera hubiera dicho que su cuerpo estaba separado del alma.

Solo el honor pudo sacarlo de esta apatía; el gran torneo anunciado, se abrió; al punto el conde se armó complemente y apareció en la liza, eclipsando todos sus competidores. Uno solo, el conde de Bar, casi tan valiente como él, hacia que titubease su gloria, y le disputaba el premio; el combate duró bastante tiempo, pero últimamente el conde con su destreza y su buena estrella, derribó a su adversario y lo dejó tendido en la arena, casi sin conocimiento.

El vencedor recibió de las manos de la princesa una rica banda, en medio de los aplausos de la multitud. Mucho gozó en aquellos momentos; pero su triunfo hubiera sido mas completo si lo hubiera presenciado su amada.

El conde, tan modesto como valiente, no quiso escribir nada ni á la señorita de Nangis ni á Eleonora, y dejó á la fama el cuidado de informarlas de su victoria.

Dos dias despues recibió una carta de la que adoraba. Impaciente por saber su contenido, la abrió con precipitacion; pero gran Dios! cuál fué su sorpresa al leer el billete de la señorita de Nangis, que estaba concebido en estos términos:

«Querido conde: todas las desgracias me abruma. Mi padre no se alivia; estoy lejos de vos, y ahora acabo de saber la cruel desventura que os ha sucedido. Os ha vencido el conde de Bar, y habeis sacado una herida de lanza; la caprichosa fortuna en un solo momento empaña vuestra gloria, y os priva de salud por algun tiempo: cuán pasajeros son los bienes de esta vida! Pero lo que mas me

aflige, es que nuestro padre no consiente en nuestro proyectado enlace. El nacimiento del conde de Bar, su parentesco con la casa de Lorenza, su fama, una promesa anterior que él alega, lo han decidido á ecsigir absolutamente que me una á el. Bien conoceis vos mis sentimientos, y juzgareis fácilmente cuánto dolor me cuesta obedecer, y yo estoy muy segura de que vuestra alma heroica se resignará al sacrificio que la naturaleza impone al amor. Yo padezco en silencio, pero cedo al deber y conozco que es forzoso separarnos. Adios, &c.»

El conde sorprendido é indignado, no encontraba palabras con que espresar su cólera, sus ojos no vertieron lágrimas, el desprecio vino pronto á extinguir el amor. De repente se presenta su escudero y le dá otra carta; era de Eleonora. Confuso el conde, la abre temblando, y leyó lo siguiente: «Con que has sido vencido y herido! No puedo mas, muero de dolor! Yo parto al instante y estaré á tu lado antes quizá que mi carta. En vano han intentado detenerme: nada escucharé: mi madre accede á mis deseos y me acompaña. Ah! primo mio! no sabes cuánto me atormenta tu desgracia. Mi vida es inseparable de la tuya. Sí, tú eres mi amigo, mi hermano, mi felicidad, mi gloria; no sabia hasta ahora cuánto te amaba; yo no ecsisto sino para tí y por tí. Adios, &c.»

—«Y ahora, señor, exclamó Durand restregándose las manos, habeis conocido bien á vuestra Eleonora? Ama como vos queríais? Su natural hechicero no vale mas que la mágia de vuestra condesa, y.... Durand, interrumpió el conde con seriedad, decidme antes si os agrada, qué quieren decir estas noticias supuestas de mi derrota, de mis heridas; penetro este misterio, y.... «Soy culpable, señor, dijo el buen Durand cayendo á sus plantas enternecido; yo he sido el autor de todo. Estábais al borde del precipicio, y he querido salvaros. No hubiera tenido esta audacia, si no hubiera estado cierto de que me perdonaríais. Castigadme, despachadme si quereis, yo no

me quejaré; pero me debereis vuestra felicidad.»

El conde no pudo mas; su tierno corazon estaba conmovido, levantó á su fiel escudero y lo abrazó. Poco despues se casó con su prima, fué feliz y se convenció de que fáilmente se encuentran en el mundo mil condesas de Nangis, que solo aman por vanidad, y rara vez una Eleonora.

EL REY DE OROS.

Estaban en un magnífico baile y las dos hablaban muy formales al lado de la chimenea!.... Comprendéis esto?.... Hablar en vez de bailar á los quince ó diez y seis años!.... Indudablemente la conversacion era muy interesante y esta idea bastó para inspirarme deseos de enterarme de ella. Es muy mal hecho.... convenido.... pero un autor dramático debe tener permiso para ser curioso. La curiosidad, que en los demas es un defecto, en él es un deber: debe escuchar.... aunque no sea por otra cosa que por su profesion!.... Y luego estas niñas eran tan bonitas, tan elegantes!.... En su actitud, en sus miradas habia tanta inocencia, tanta gracia.... estaban tan risueñas.... parecian tan descuidadas acerca de su porvenir, que no podia uno menos de tomarse el trabajo de pensar en él en lugar de ocuparse de ellas. La una blanca y rubia hablaba con viveza y en voz baja; la otra, que tenia unos hermosos cabellos negros, escuchaba con los ojos caidos y deshojando el ramo de camelias blancas que tenia en la mano!.... Era indu-

dable que la estaban interrogando.... y que ella no queria responder; un instante levantó para mirar á su compañera sus hermosos ojos azules con una expresion encantadora.... Esta mirada queria decir seguramente: *Yo te juro, querida mia, que no entiendo lo que quieres decir....* La otra contestó con una alegre carcajada, que yo traduje: *Anda, anda!.... no te creo por mas que hagas.* Es evidente, como ven mis lectores, que yo iba comprendiendo la conversacion.... mas, aseguro, que hubiera querido escucharla de mas cerca. La señora de la casa me proporcionó ocasion, ofreciéndome una carta para una partida de whist. Yo no me llevo muy bien con el whist, lo juego bastante mal, y él me trata como es de consiguiente; por este último motivo le tengo mucha aficion. Es una pasion desgraciada; pero estas son las duraderas!.... Sin embargo, en esta ocasion fuí afortunado.... la mesa estaba junto á la chimenea, y el sillón que me cupo por suerte inmediato á los de nuestras lindas habladoras, que no fijaron la menor atencion en nosotros. Nada mas natural: para ellas, y para todas á su edad, un baile se compone de trajes, prendidos, y caballeros que bailan.... los jugadores de whist no se cuentan. .. no ecisten; no significan sino cuatro sillones mas en el salón.

—Cómo, amiga mia; nunca has pensado en ello?

—Jamás.

—Ni aun en sueños?

—En sueños? no tengo tiempo; soy muy dormilona.

—Y tu madre no te ha dicho alguna vez...?

—Todavía no.

—Pues yo he rehusado ya dos proposiciones.

—Por qué?

—Porque no eran bastante ricos. Yo quiero que mi marido sea rico.... Y tú?

—Yo quisiera que el mio fuera jóven y con talento.

—Bah! talento! eso todo el mundo tiene el suficiente para marido.... A mí me gustaria que el mio tuviera

un buen empleo en la corte.... para ser presentada en ella.. .

—Y es eso todo lo que deseas?

—Seguramente..... Iria tan bien puesta el dia en que me presentaran!....

—Cómo! despues de casada pensarias tú aun en adornarte?

—Yo siempre.

—Y en tu marido?

—Caballero, exclamó con viveza mi compañero, no teneis bastos?

—Sí tengo.

—Pues entonces jugad, que han salido por ellos.

—Dispensad: estaba escuchando.... quiero decir.... combinando... contando las cartas que han salido.

En este intervalo perdí algunas frases de la conversacion, que continuaba siempre.

—Amarle!.... seguramente.... si eso es posible ... si encuentro uno.... Oh! lo primero.

—Es verdad!

—Y para poderlo conseguir, quiero que venga á tener mi misma edad, que tenga sobre poco mas ó menos los mismos gustos que yo.... los mismos defectos si es posible.... así será mas indulgente con los mios... En cuanto á las faltas, todas se las perdono desde ahora ... con la condicion de que me ame mucho, y de que no ame á otra mas que á mí.

—Mi tia dice que eso es imposible.

—Por qué? Yo le amaré mucho á él!

—Estás loca?

—Mi deber seria amarle! es un deber tan fácil y tan dulce de cumplir!

—Y si dejase de amarte?

—Qué importa? Yo le seguiria amando, porque es mi deber.

—Y si te engañase?

—Ah! me moriria!.... pero moriria amándole.

—Tres bazas perdemos con esta! exclamó mi compañero. Cómo, caballero, fallo copas.... indico clara-

mente mi juego, y no haceis caso de mi indicacion?

—Qué importa?

—Qué importa! Importa que tenia la mano llena de triunfos pequeños, y que con vuestros arrastres no me habeis dejado sentar uno.

—Y eso qué hace?

—Hace que nuestros contrarios ganen fichas.

Dispensadme, caballero, soy muy principiante.... siento haberos hecho perder.

Entretanto pensaba yo que mucho mas me habia hecho él perder, impidiéndome oír el final de la conversacion de las dos jóvenes que en aquel momento acababan de levantarse, y que ya me interesaban muchísimo.... De una de ellas sobre todo no podia separar la vista.... sentia hácia ella una gran simpatía.... Tenia deseos de preguntar su nombre, y no me determinaba á hacerlo.

—Cecilia, la dijo una muger de mirar altivo, alta, seca y de formas duras y angulosas, Cecilia, poneos vuestro chal para marcharnos.

—Con mucho gusto, mamá! Sin embargo acaban de invitarme para bailar, voy á advertirlo.

—No lo consentiré! exclamó la señora de la casa. Mme. d' Orthés tendrá la bondad de detenerse un cuarto de hora mas....

Luego dirigiéndose á mí y tomándome de una mano, añadió: La señora vizcondesa desea conoceros, y me ha rogado que os presente á ella.

Una de las cosas mas fastidiosas de este mundo es en mi sentir una presentacion.... Pero yo conocí que esta daria tiempo á Cecilia para bailar su contradanza, y me consideraba dichoso empezando nuestras relaciones por un sacrificio; porque este lo era para mí. La señora vizcondesa d' Orthés era vástago de una ilustre familia, muy orgullosa de su clase y con grandes pretensiones literarias. Componia obras que encontraban mas admiradores que lectores. Todo el mundo sabia con tal certeza que sus producciones debian ser religiosas, monárquicas y sublimes, que

cualquiera, sin temor de equivocarse, y sin tomarse el trabajo de leerlas, podía felicitar á la autora por la buena acogida que habia obtenido del público, con solo el anuncio del librero.

El que indudablemente ha obtenido un écsito mas brillante entre todos sus libros, y que mas ha contribuido á formarla una grande reputacion, es su novela de ****, que jamás ha sido impresa, y que me atreveria á decir que ni aun leida.

Inútil es añadir, vistos la religion, los principios y el gran nombre de que gozaba la erudita señora, que nunca habia puesto el suyo al frente de una obra que la perteneciera.

Ella hizo el gasto de la conversacion casi sola, lo cual me convino infinito. Yo soy muy apasionado á las mugeres de talento, siempre y cuando que no sea menester hacer alarde de ingenio con ellas, y que al placer de oirlas pueda yo agregar el de no hablar: porque soy de la opinion del que decia: Voy á darme prisa á componer un libro que pruebe mucho talento, para tener desde entonces sin peligro el derecho de ser tonto por toda mi vida.»

—No sé si he adquirido este derecho ó no, pero en todo caso me lo tomo.

La señora vizcondesa me habló de mis obras; yo de las suyas; de su hija que sin disputa era la mejor, y de la que menos orgullosa estaba. Generalmente sucede esto; los autores son los peores jueces de sus obras.

La conversacion duró tanto tiempo, que Cecilia en vez de un rigodon habia bailado dos. La pobre niña no sabia cómo agradecermelo; y sin que ella lo dudara, estábamos ya pagados... Acababa de dirigirme la sonrisa mas amable y graciosa: acordándome de las palabras que la habia oido, dije viéndola alejarse: dichoso el hombre que logre agradarla! dichoso el marido que escoja!

Durante este año ni en el invierno siguiente volví á ver á Cecilia: soy muy poco aficionado á los bailes.

En la primavera de 1853 tenia yo un humor muy triste. Por qué? El motivo importará muy poco al lector, y por lo tanto le pido permiso para no decirselo. En este caso tomé, lo que yo miro como un remedio para todos los males; tomé la posta, y buscando algun argumento para una comedia que me distrajera y alegrara, recorrí la Auvernia y los Pirineos.

Me hallaba un dia á dos ó tres leguas del Mon d'Or en las inmediaciones del lago Pavion... estaba acostado en la yerba, en el borde del cráter y mirando por bajo de mí las aguas claras y trasparentes del lago, que á cada instante esperaba ver en ebullicion, cosa que á un mismo tiempo me hubiera distraido y asustado mucho, cuando oí pasos cerca de mí: eran otros viajeros. Un anciano apoyado en el brazo de una jóven, gritaba con voz ágría:

—No andeis tan de prisa... Es imposible seguiros.

Abrí la vista y creí reconocer en la jóven el talle esbelto y elegante, la fisonomía encantadora de la señorita Cecilia d' Orthés, mi interesante conocida del baile: mis dudas se convirtieron en certidumbre cuando ví, á pocos pasos detrás de ella, á una muger que, llevando en la mano un album y un lápiz, escribia andando... Era la señora vizcondesa. A tal encuentro grandes aclamaciones de una y otra parte... las indispensables admiraciones sobre el magífico cuadro que teníamos á la vista... cumplidas estas precisas obligaciones pensé en mi placer particular, y solicité ser presentado á la señorita Cecilia.

—Señorita!... repitió la vizcondesa sorprendida... Cecilia está casada!...

—Casada!... y mirando alrededor busqué al esposo, maravillado de que no acompañara á su seductora muger.

—Hé aquí mi yerno, me dijo Mme. d' Orthés presentándome al anciano y pronunciando con grande énfasis su nombre, que no diré. Era un hombre de elevada alcurnia, General durante el imperio, Du-

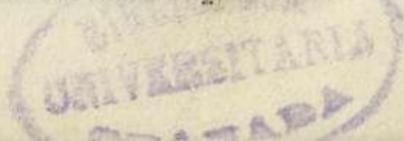
que y Par en la restauracion, encargado en la actualidad de un puesto militar de mucha importancia, poseedor de una inmensa fortuna y con muchas buenas cualidades .. Pero por desgracia estas buenas cualidades hacia mucho tiempo que las poseia... contaba el digno veterano sesenta y siete años!... Ademas tenia heridas, reumatismo, y algunas veces tambien la gota con todas sus prerogativas, á saber: la impaciencia, la cólera y el mal humor; por lo demas extraordinariamente amable cuando estaba bueno, y no sufría sino unos diez meses al año.

Este era el esposo de Cecilia.

Al verle recordé la conversacion del baile, el marido objeto de las ilusiones de la jóven, y sus proyectos de felicidad para el porvenir; y miré á la pobre niña con un aire de interés y compasion, que ella adivinó acaso, que me agradeció tal vez aun sin conocerlo, porque desde entonces quedamos hechos los mejores amigos del mundo.

El viejo marido acababa de sentarse y descansaba, la madre escribia siempre y nosotros hablábamos. Cuanto decia rebosaba naturalidad é inocencia, y tenia un baño de ternura y melancolía admirables. Hice que la conversacion recayera sobre su marido, y me hizo el mayor elogio de él: habló con conocimiento de los títulos, de la consideracion, de la fortuna que la habia dado, y nada dijo de la felicidad que le habia arrebatado... Alma noble y virtuosa, donde todo era resignacion, sacrificios y sentimiento de su deber. Pero en aquel modo de hablar tan grave, tan solemne, quien hubiera reconocido aquella niña que yo habia visto dos años hacia tan aturdida, tan sencilla, tan risueña... Cuánto juicio al presente! cuánto tacto! cuánta solidez! Para haber adquirido tan pronto tales cualidades, me dije á mí mismo, es forzoso que haya sido bien desgraciada!

Estábamos á la orilla del lago tan claro, tan puro, tan trasparente... imágen de su alma... Se lo dije... me miró sonriendo con esa sonrisa triste que hace



Brotar lágrimas, y me contestó:

—Sí, la calma en la superficie...

—Y en el fondo tal vez... No acabé mi frase; pero sin duda fué comprendida, porque repuso con viveza:

—No, no, nunca.

Y levantó los ojos al cielo!.... Esta mirada era para invocarle por testigo ó para pedirle socorro?... En este momento se hizo oír una voz ágría: era la de su madre. El general tenía frío, la frescura del lago le hacía daño. Fué necesario partir; yo hubiera querido dar el brazo á Cecilia, pero estaba ya apoyada en el de su marido. Tuve que ofrecérselo á la madre, lo cual no era una compensacion, todo lo contrario; fué preciso hablar de literatura: la ilustre autora estaba componiendo otra novela que quería leerme en cuanto estuviera concluida..... á mí, que viajaba por distraerme!

—Temo, señora, no poder disfrutar de esa dicha, parto para los Pirineos.

—Nosotros tambien! han recetado al general las aguas de Baresges que son prodigiosas para las heridas.

—Yo creia que el general iba á permanecer por mas tiempo en Mont d' Or.

—Pasando por casualidad ha querido probar estas aguas, que el año último habian sentido muy bien al mariscal Soult; pero habiendo tomado algunos baños, que no le han aprovechado, ha renunciado á ellas; y salimos dentro de algunos dias para los Pirineos..... Espero que haremos el viage juntos.

Yo me incliné respetuosamente.

—Dónde habitais en Mont d' Or?

—En el hôtel Chabaury, señora.

—Precisamente es el nuestro: y así cuento con que nos proporcionareis hoy el placer de que comamos reunidos.

Segunda reverencia. Héme aquí decididamente hecho el comensal, el compañero de viage, el amigo de la familia.

La amistad hace progresos viajando, y sobre todo en los baños: aproveché mi nuevo título y los derechos que este me daba, para hablar de Cecilia. Dí á entender á Mme. d' Orthés que este matrimonio, tan ventajoso en la apariencia, me inspiraba algunos temores sobre la dicha futura de su hija.

—No conoceis á mi hija... no conoceis la educación que Cecilia ha recibido .. si la conociérais... ha salido como todas las jóvenes educadas en el *Sacre Coeur!* además ha leído todas mis obras... las lee continuamente y los principios que estas encierran...

—Son excelentes, señora; pero al fin vuestra hija es muy joven, y si su corazón llegase á hablar...

—No hablará! estad seguro. En nuestra familia nunca hablan.

—Lo concibo así, contesté mirándola, en cuanto al pasado .. pero en cuanto á lo futuro...

—Caballero! contestó mirándome de piés á cabeza, en cualquier posición que uno se encuentre, jamás falta á sus deberes... teniendo religion y principios!... Con estas circunstancias no hay matrimonios desproporcionados... nunca hay peligro...

—Soy de vuestra misma opinión, señora.

Llegamos al hôtel.

El general estaba indispuerto, y su mal humor se aumentó encontrando cartas a que era preciso contestar y órdenes que tenia que espedir.

—Si Enrique estuviera aquí, dijo dirigiéndose á su muger, él me ayudaria, se encargaria de este cuidado: pero no habeis querido que viniere con nosotros.

—Eramos ya tres en el carruage .. y mi camarera me era indispensable.

—Hé ahí un razonamiento propio de una muger! Por un motivo como ese me privais de la compañía de un sobrino á quien amo, y de un edecan que me es necesario.

—Olvidais que mi madre y yo estamos aquí para todo lo que os ofrezca, y por otra parte vuestro so-

brino Enrique de Castelnaud ha quedado en París porque así os convenia.

—Decid mas bien por capricho vuestro... porque el pobre Enrique os desagrada, porque no le podeis sufrir.

—Yo!

—Claro está! apenas le mirais ó le dirigís una palabra; se necesita todo su valor para poner los pies en casa con la acogida que le haceis habitualmente.

—Me acusais injustamente: el sobrino de mi marido tendrá siempre derecho á todas mis consideraciones.

—Vaya una hazaña!... yo quisiera encontrar quien le faltase en lo mas mínimo... Si alguno de los dos tiene derecho para estar resentido con el otro, indudablemente es él con vos... él, mi único heredero, á quien este casamiento arrebatara toda su fortuna.

—Yo espero que no, exclamó Cecilia con viveza.

—Una parte de ella, por lo menos... Pues bien! lejos de quejarse de su tia, no abre la boca sino para celebrarla. Es todo atencion y deferencia con vuestra madre y con vos; seria capaz de recorrer veinte veces á todo París por satisfacer vuestro menor capricho y de rebentar sus caballos por encontraros una entrada para el baile ó un palco en la ópera.

—Es verdad, dijo la vizcondesa, y aunque no fuera sino en atencion á tu marido, deberias ser mas amable con Enrique.

—Hago lo que debo, madre mia, contestó Cecilia con acento frio y decidido.

--Con mil diablos! exclamó el general encolerizado, no es posible formar idea de un carácter como este! unas veces es dulce como un ángel y otras no hay nada capaz de hacerla ceder! .. A los diez y siete años! esto promete! No sé, vizcondesa, cómo la habeis educado, pero una educacion que dá por resultado un carácter de esta clase no tiene sentido comun.

--Mi hija ha leído todas mis obras.

--Precisamente es eso lo que yo queria decir.

--General, vos olvidais!...--Sí, teneis razon... me

olvido de que nos han avisado para comer... Dispensad, dijo volviéndose hácia mí, de que os háyamos hecho testigo de una escena de familia; espero que no nos vendereis colocándonos en alguna comedia. Se apoyó en mi brazo, me puso á su lado en la mesa, y durante la comida estuvo brusco con todos menos conmigo. Sin embargo debo advertir que en sus impertinencias habia siempre una preferencia muy marcada hácia... su suegra...

A los postres llegó otra carta mas, y el general, dando en la mesa un golpe capaz de hacerlo todo pedazos, exclamó:

--Pues!... esto faltaba... Enrique está herido!

Cecilia palideció al instante, y sus labios se pusieron lívidos.

--Sí, herido... ha recibido una estocada... torpe!.. Sosegaos, dijo volviéndose á su suegra que saboreaba tranquilamente una taza de café... no hay peligro, hace ya ocho dias... Está mejor; pero su médico le ha recetado los baños de Baréges, y mañana llegará aqui para que marchemos juntos.

--Mañana! repitió la vizcondesa con alegría.

--Mañana? dijo friamente Cecilia, y su fisonomía habia recobrado ya toda su tranquilidad.

Yo esperé el dia siguiente con impaciencia.

La llegada de una silla de posta es siempre un acontecimiento de importancia en todos los pueblos pequeños, y con mucha mas razon en Mont d' Or, donde el único placer reservado á la poblacion local es el de ver llegar y marchar á los viajeros. Así, todos se asomaron á las ventanas, cuando á las dos del dia se oyó el ruido de un carruage.

Mr. de Castelnau entró en el salon, abrazó afectuosamente á su tio y saludó respetuosamente á las dos señoras.

Tendria unos veinte y cinco años; pero era alto, bien formado, con modales distinguidos, en una palabra, un hermoso jóven, y con la hermosa cualidad de que no lo sabia, porque se ocupaba siempre de los

demas y nunca de él mismo: en su fisonomía franca y resuelta se veían grabadas las señales de su enfermedad. La fatiga del camino, ó tal vez otras causas, acababan de hacer su herida mas viva.

Observé á Cecilia: no apareció la menor alteracion en sus facciones; recibió á Enrique afectuosamente y se informó de su salud con amabilidad é interés... pero no con la clase de interés que yo esperaba!

En cuanto á Enrique, estaba visiblemente conmovido... Apenas podia espresarse... tanto que me pareció que le haria un gran favor hablándole del camino y del tiempo que era horroroso. En efecto, él fastidiado de esta conversacion, se repuso algun tanto. Hay momentos, eosa que parece imposible, en que los fastidiosos y los indiferentes sirven para algo bueno.

Antes de comer fuimos paseando á la cascada de Ceurenil y á la de Veniere. Enrique se acercó varias veces á Cecilia; pero esta daba siempre el brazo á su marido ó á su madre, cuando hablaba, generalmente se dirigia á mí.

Por la noche hizo la partida el general, leyó los periódicos, escribió sus despachos y escuchó con una atencion digna de mejor suerte dos largas disertaciones de la vizcondesa. Solamente de cuando en cuando y á hurtadillas sus grandes ojos negros se volvian hácia Cecilia que bordaba sin mirarle y sin fijar la atencion en él mas que en otro.

Seguramente yo me habia engañado; mis conjeturas eran falsas. El pobre Enrique podria amar á Cecilia, pero esta indudablemente no pensaba en él.

Al día siguiente, vispera del de nuestra marcha, mientras que la vizcondesa escribia junto á un balcon, Cecilia se puso al piano, y empezó á tocar con tal viveza y alegría, que todas mis dudas quedaron disipadas. Es imposible, me decia yo, teniendo una pasion en el alma tocar unas variaciones como esas, y sobre todo, tocarías tan bien.

En este momento entró en el salon un médico jó-

ven conocido mio; venia de Paris con un gran señor enfermo á quien habia venido acompañando á los baños de Mont d' Or. Los militares hablan de sus campañas, los autores de sus obras, y los médicos de sus enfermos: esto es de rigor. Así, mi jóven doctor, á riesgo de fastidiar á las señoras, se puso á contar las curas maravillosas ó raras que habia hecho, sazonando el todo con anécdotas mas ó menos picantes, á que solo yo prestaba alguna atencion, porque como he dicho antes, por razon de mi profesion escucho siempre.

Nos contó, entre otras cosas, que habia sido llamado hacia muy pocos dias, para asistir á un jóven que habia recibido una estocada, y cuya herida, bastante grave, le habia parecido de las mas particulares. Estaba situada en la parte superior del pecho, junto al hombro derecho, en una disposicion, que, para hacerla, la espada debia haber entrado casi perpendicular al suelo; y como el herido era muy alto, hubiera necesitado su contrario, para poderle pegar una estocada de esta manera, tener la increíble estatura de ocho pies por lo menos: acosado el enfermo por las preguntas y racionios de su doctor, se vió obligado á confesar que él mismo se habia pegado la estocada...--Para qué?--No es posible imaginar una extravagancia mas grande... porque queria tener un pretesto para ir á los baños de Baréges, que me suplicó le recetara... lo que yo hice en el mismo instante! Pobre jóven!... me pagó generosamente el remedio, recomendándome encarecidamente el secreto!...

--Pues le cumplís bien la palabra, dije sonriendo á mi amigo.

--Aqui no hay peligro ninguno.

Se abrió la puerta de la habitacion, y apareció el general apoyado en el brazo de su edecan. Enrique al ver al doctor corrió á él:

Vos aquí doctor! exclamó tomándole una mano. Despues presentándonosle continuó: Hé aquí á mi Esculapio... al que me ha curado mi herida y recetado las aguas de Baréges... No es así?...

El médico balbucó algunas palabras y se despidió de nosotros... porque su enfermo le esperaba. El general se sentó tranquilamente en su sillón; Enrique, con la sonrisa en los labios, permaneció de pié al lado de la chimenea; la vizcondesa sorprendida é indignada queria y no se atrevia á hablar. Cecilia palida, apoyada la cabeza en una mano, reflexionaba en silencio; y yo miraba á todos, encontrando la escena muy bien colocada, esperando con ansiedad cómo se desenvolveria, y sobre todo, el desenlace de ella.

El general rompió el silencio tarareando una cancioncilla á que tenia mucho cariño. Era una música enteramente nueva, y que el mismo autor no hubiera podido reclamar, tanto se la habia apropiado el general y la habia hecho suya con su modo original de cantarla.

--Y bien, señoras! exclamó despues de esta clase de ritornelo, decididamente salimos mañana para los Pirineos, y vamos á establecernos por un mes en Baréges.

Nadie contestó: todos guardaron silencio; pero un rayo de alegría brilló en la fisonomía de Enrique.

--Señoras... estan prevenidos los bagages... estan empaquetados sombreros, trajes... está todo dispuesto para la marcha?

--Sí, general, para la vuestra, dijo Cecilia procurando sacar fuerzas de flaqueza.

--Cómo para la mia?... Pues qué, no vamos juntos?

--No.

--Y por qué? tendreis la bondad de decírmelo?

--Mi madre y yo teníamos intenciones de acompañaros hasta Pau, en cuyas inmediaciones teneis una magnífica casa de campo, que no conocemos; y de instalarnos en ella hasta vuestro regreso...

--Y dejarme ir solo á Baréges... Muy bien...

--No, general, hubiera estado muy mal, y en prueba de que lo creíamos así, nos habíamos decidido á acompañaros y no separarnos; pero, como ahora te-

neis en vuestra compañía á Enrique , no necesitais de nosotras.

--Qué quiere decir esto?

--Y á la verdad os confieso que la estancia de un mes en esas horribles montañas me parece la cosa mas triste , mas penosa y mas fastidiosa que se puede imaginar , si he de juzgar por los tres dias que acabo de pasar aqui.

Durante la anterior respuesta el general se agitaba en su sillou , revolvía su caja de tabaco entre los dedos , y yo preveía que iba á reventar la mina... Pero lo que no pude ver sin conmoverme , fué el rostro de Enrique , que pálido y sin poderse sostener apenas se habia apoyado en la chimenea. La desesperacion estaba grabada en sus facciones , y me fué muy fácil adivinar lo que pasaba en el alma del pobre jóven! Haberse herido por ella... por pasar un mes á su lado... y verse arrebatado esta felicidad por un capricho!!

--Voto á tal ! exclamó el general levantándose encolerizado y dando al sillou un empujon que lo hizo caer , por quién se me toma á mí?... Os habeis figurado que me dejaré manejar por una muger , por un niño? Vendreis conmigo , señora , porque yo lo he dicho... Vendreis!

Cecilia se levantó temblando y respondió afectando frialdad:

--No iré!

--Y por qué? á fé mia!

--Por qué?... Cecilia se habia repuesto , no temblaba ya; habia tomado su resolucion; resignada á todo , no atendia mas que á su deber... y contestó á media voz , pero con firmeza:

--Porque no!

El general furioso iba á lanzarse contra ella : pero le contuvo un gemido sordo que se oyó en aquel instante... Enrique estaba casi sin conocimiento , y le faltaba poco para caer. Yo le sostuve en mis brazos , y la cólera del general , cambiando súbitamente de objeto , se volvió contra su sobrino.--Imprudente,

imbécil, que se está tres horas de pié derecho... No hay nada peor... su herida se habrá vuelto á abrir... siempre se lo estoy diciendo... pero nadie hace caso de mí aquí... nadie me obedece... Id todos con mil diablos... Y bien!... Y bien! vuelve en sí?

--Sí, ya va volviendo, respondió Cecilia, que se habia precipitado á Enrique, le habia hecho oler espíritus, y le prodigaba los mas tiernos cuidados.

--Ah! dijo el general, gracias á Dios que abre los ojos.

Cecilia se alejó con presteza, y entró en su habitacion; su madre, y algunos instantes despues el general fueron á reunirse con ella; pero segun las apariencias sus súplicas de nada sirvieron, porque nos dijo por la noche: Esta niña tiene una cabeza de hierro.

--No irá por fin á Baréges? exclamó Enrique.

--No, amigo mio... iremos los dos solos, y mientras estemos en los baños, ella nos esperará en mi casa de campo de Pescar, en las inmediaciones de Pau.

--Cómo, general, habeis cedido! dijo Enrique con un tono como de reprension.

--Y qué habia de hacer?... á menos de matarla! No habia mas que este medio... yo se lo he propuesto.

--Y qué ha contestado?

--Ha contestado: Si me matais... tanto mejor... no iré á Baréges... El racionio era esacto!... Es una obstinada que ya... lo que te he dicho... una cabeza de hierro... Por lo demas la mejor chica del mundo.

Al otro dia por la mañana muy temprano, los dos carruages estaban dispuestos... todos los paquetes estaban arreglados por la misma señora, me dijo la camarera: no se habia acostado en toda la noche. Los caballos estaban enganchados; Cecilia entró con presteza en la berlina; en el momento en que yo ofrecia mi mano á la vizcondesa para ayudarla á subir, esta me dijo: Y bien, caballero, ya veis que, teniendo religion y principios, nunca hay matrimonios desproporcionados, nunca peligrosos!

Hay á lo menos combates y sufrimientos, me dije á mí mismo, viendo el rostro pálido de Cecilia, y dos gruesas lágrimas, que sin duda queria ocultar á los ojos de todos, porque viendo de lejos á su marido que se adelantaba hácia ellas, apoyado en el brazo de su sobrino... exclamó con viveza:

--Partid... partid, postillon.

El látigo crugió, los caballos arrancaron á galope, y el coche desapareció de nuestra vista, mientras que el anciano gritaba:

--Mirad!... Mirad, qué loca!... se va sin decirnos adios, sin abrazarnos...

--A fé mia, querido amigo, vos que buscábais argumento para una comedia, aqui teneis uno!!! ó tal vez para un drama, pensé interiormente, observando el rostro de Enrique, que incapaz de ver, de oír y de responder, se dejó maquinalmente colocar por mí dentro de la silla de posta al lado del general. Ni siquiera se acordó de darme las gracias... ni de despedirse. Pobre jóven! morirá de dolor, dije para mí.

Algunas horas despues salí para los Pirineos.

.....A mi vuelta, me dirigí á Pau. En las inmediaciones de esta ciudad estaba situada la hermosa propiedad de Lescar, donde debia pasar algunos dias invitado por la vizcondesa de Orthés y por el general. Yo tenia grandes deseos de ver á Cecilia, y por tanto me apresuré á llegar al castillo.

Al bajar del coche fui recibido con la acogida mas amable por Mme. d' Orthés y Cecilia. El general estaba todavia en Baréges, y lo esperaban de un momento á otro. Pero qué grande fué mi sorpresa, viendo, al entrar en el salon, á Mr. Enrique de Castelnau, sentado en un confidente leyendo los periódicos!

—El general le ha enviado delante, me dijo la vizcondesa á media voz, para que mandara unas órdenes y para tener noticias de Cecilia, que ha estado muy enferma.

—De veras! exclamé yo con inquietud.

—Ya no es nada, está mucho mejor; esperando al general, Enrique no podía en manera alguna habitar sino en el castillo de su tío; esta es además la intención formal de mi yerno, que hace una semana, nos está anunciando diariamente su venida.

—Con que hace una semana que Mr. de Castelnaud está aquí? dije á la vizcondesa, que conociendo la idea que me preocupaba, se apresuró á responder.

—Sosegaos; por una parte vos conocéis á mi hija, y por otra puedo aseguraros que durante este tiempo, no me he separado un instante de su lado.

Esto era exacto. Cecilia estaba siempre en el salón trabajando al lado de su madre, y en los paseos que dábamos por el parque, Enrique no se encontraba nunca solo con ella. Es menester decir también que no buscaba ocasiones para ello.

Su conducta y maneras eran admirables. Todo respiraba en él el afecto más tierno, las atenciones más delicadas; pero ni una palabra, ni una mirada hubieran podido descubrir á un extraño el secreto de su alma. Había recobrado su alegría y agudeza; estaba menos distraído; tomaba parte en las conversaciones; y con este motivo pude advertir que era muy instruido, que á una grande modestia reunía un talento claro y despejado, un noble carácter y sentimientos grandes y generosos... en fin, una porción de bellas cualidades ocultas para mí hasta ahora, y que al presente resaltaban con toda su brillantez.

La vizcondesa nos leyó un artículo de periódico, que hablaba de un suicida.

—Desgraciado!... exclamó Cecilia con un acento que parecía casi una aprobación

—Miserable!... dijo Enrique con desprecio.

—Nunca os sucederá una cosa semejante? le pregunté con viveza.

—Nunca, jamás! Morir sacrificándose por conveniencia propia, es privarse de una felicidad tan grande!...

—Cuál!

—La de morir por una persona á quien se ame!

Vamos, pensé, la ama siempre, pero ha tomado su partido con valor y resignacion. Tendrá la fuerza de combatir y vencer.

La vizcondesa me propuso oír la lectura de su última novela. Acepté, y entré con ella en su gabinete de estudio, pensando que en este momento el amor propio de autor prevaleceria sobre su vigilancia de madre, y que iba á dejar á Enrique un rato de conversacion á solas.

Me equivoqué: no se aprovechó de esta ocasion! La lectura, que sostuve con un valor heróico, fué larga, me vanaglorió de ello... Durante aquella Cecilia estuvo tocando en su piano sonatas tristes y melancólicas; pero estaba sola, porque vi á Enrique de lejos, paseando por una de las calles del parque, y cuando volvimos á entrar en el salon, permanecia lo mismo todavia, sentada en una butaca, con la cabeza apoyada en la mano, y los ojos encendidos. Se levantó con prontitud y se dirigió á mí con la sonrisa en los labios. Al movimiento que hizo, su pañuelo cayó en el suelo... Yo me apresuré á recogerlo... Estaba mojado... Ella lo conoció y dijo enseñándome un libro que estaba encima de la chimenea; soy muy ridícula... lo creereis?... esta novela me ha hecho llorar. El libro era una obra de su madre! No necesitaba yo de esta prueba para convencerme de que me engañaba.

Por la noche hubo mucha gente en el castillo... Se reunió lo mas selecto de la sociedad de Pau y de sus inmediaciones. Cecilia hacia los honores con una gracia y naturalidad increíbles; se ocupaba de todo el mundo, escepto de Enrique, á quien solo de vez en cuando daba algunas órdenes para la disposicion de las mesas de juego.

Fuí colocado en una mesa de wisth con tres dignatarios del departamento, algunos señores de edad entablaron una partida de cientos, y algunas señoras bajo la direccion de la vizcondesa otra de boston. El

cobrador de las contribuciones jugaba al villar con el sub-prefecto, y Cecilia reuniendo en torno suyo los jóvenes de ambos sexos, les propuso algunos juegos inocentes que fueron admitidos con entusiasmo. Esta clase de juegos está aun muy en boga en las provincias, y sobre todo en el departamento de los Pirineos Orientales.

Durante este tiempo estaba yo haciendo disparates que debieron dar á mi compañero malísima idea de los jugadores de la capital; pero era providencial que Cecilia me habia de hacer siempre perder al whist, porque esta vez tambien pensé en ella mas que en el juego... y mis ojos se dirigian siempre al bullicioso círculo que presidia.

Enrique se habia alejado y estaba viendo jugar al villar: algunos jóvenes fueron á buscarle, y con gana ó sin ella tuvo que ocupar un lugar en los juegos. El sitio que escogió estaba bastante separado del de Cecilia, y en todos los castigos que impuso, evitó las ocasiones que hubieran podido apremiarle á ella. Una vez sin embargo fué sentenciada Cecilia á dar un beso al joven edecan, lo cual, segun las leyes rigurosas del juego, no pudo prescindir de hacer. Se levantó para cumplir su sentencia. En este momento pasé á mi compañero un ocho de oros, *que era Rey...* El no pudo contener un movimiento de impaciencia, poco me importaba! Mi atencion estaba fija en la hermosa, que se acercó tranquilamente á Enrique, y le presentó sus dos mejillas frescas y rosadas.

Enrique apenas las tocó con sus labios. No mudó de color, no perdió el sentido, como yo esperaba; al contrario, permaneció tranquilo y sereno. Indudablemente, pensé, es un héroe! Y yo no podia menos de admirarle, de compadecerle, y sin querer, hasta me sorprendí á mí mismo haciendo votos por él y por su amor sin esperanza.

Todas las prendas estaban sentenciadas. Algunos jóvenes de ambos sexos se sentaron en torno de una gran mesa redonda que ocupaba el centro del salon,

y se pusieron á ojear el album, revistas y grabados. Unos tomaron lápiz y empezaron á dibujar, otros á pintar á la aguada algunas vistas de las inmediaciones, y Enrique, por complacer á una jóven sentada á su lado, á tallar con un cortaplumas un pedazo de madera, á que trataba de dar la figura de una ermita, trabajo, á que se suelen dedicar con muy buen resultado los pastores de los Alpes ó de los Pirineos.—La madera era muy dura, el cortaplumas estaba muy afilado, y en un movimiento un poco brusco, se resbaló de la mano derecha é hizo á Enrique una herida bastante grande en un dedo de la mano izquierda. Cecilia dió un grito y se puso pálida como la muerte! Un momento despues se echó á reir. La herida no era nada, pero echaba mucha sangre. Todos los pañuelos de las señoritas estuvieron al instante á la disposicion del herido, todos los *necessaires* se abrieron, se empezó á buscar tafetan inglés, y veinte manos blancas bonitas y pequeñas, se emplearon eu curar al jóven edecan. Reian mucho y adelantaban poco; la cura era muy difícil. La herida estaba en la segunda falange del dedo, y el *aparato* no agarraba. En vano volvian á empezar y trataban de darle sujecion, al menor movimiento se despegaba.

—Pero, caballero, estaos quieto, y sobre todo, no dobleis el dedo.

—Ah! señora, eso es muy fácil de decir... pero, á lo mejor, sin pensar...

—Mr. Enrique tiene razon, dije yo, para mantener su dedo inmóvil, hay necesidad de lo que en cirugia llaman unas... unas...

—Unas tabletas, contestó Enrique, como para una pierna ó un brazo roto.

—Precisamente!

—Y á dónde vamos á buscar ahora eso? exclamaron todos riendo.

—Hélas aquí! exclamé yo.

Diciendo y haciendo tomé de la mesa en que habíamos jugado nuestra partida de whist, que acababa de

concluir, una carta... *El Rey de oros*, me parece, y lo lié al dedo herido... Las señoritas ataron una hebra de seda alrededor, y contenido de esta manera por aquel aparato de carton no podia en manera alguna doblarse el dedo y volver la herida á abrirse. Concluí la delicada operacion en medio de los aplausos de la concurrencia, que me felicitó por mis talentos quirúrgicos: Enrique me pidió que le presentara la cuenta de mis honorarios, y Cecilia me prometió su clientela para todos los pinchazos de aguja ó de alfiler que se hiciera en adelante.

Las once acababan de dar, cada uno tomó un candelero, y yo me retiré á mi habitacion, desde donde se oia aun por los corredores las carreras y bulliciosa alegría de las jóvenes.

Al dia siguiente, á las diez, bajé al salon y estaba hablando con la vizcondesa, cuando con la mayor sorpresa vimos entrar al general, que nos gritó:

—Buenos dias, queridos amigos!

—Ah! Dios mio! general, de dónde venís? cómo habeis llegado? No hemos oido entrar coche alguno.

—Eso consiste en que llegué á las cinco de la mañana, cuando todos estaban durmiendo.

—De veras!

—No quise despertar á nadie, y me subí derecho á la habitacion de mi muger, que al principio no quiso abrirme la puerta... de miedo.

—Es natural... cuando despiertan á uno de improviso...

—Creia que los contrabandistas españoles se habian apoderado del castillo! Pobrecilla!... Afortunadamente yo la tranquilicé al instante... Pero al caso, su salud, la vuestra, son buenas?

—Escelentes!

—El fastidio no ha entrado en esta casa en mi ausencia? Qué ocupaciones?...

—Ayer tuvimos mucha gente. Jugaron al whist, al boston.

—A propósito! tengo que regañaros, querida sue-

gra: vais á hacer á vuestra hija jugadora.

—Yo!

—Mas jugadora que los naipes! Parece que no piensa en otra cosa dia y noche... porque mirad, continuó el General riendo á carcajadas, una carta, *el Rey de oros*, que he encontrado enrollado sobre su cama. De quien ha de ser sino de ella?

Yo procuré acompañar en su risa al general, aunque no fuera sino por ocultarle la confusion de la vizcondesa, que parecia herida por un rayo.

—Mirad! mirad! exclamó el General dando ancha salida á su alegria... ahora ya no rie... está confusa porque conoce que es culpable.

—Sí, muy culpable! me dije á mí mismo.

En este momento bajó Enrique, poco despues Cecilia. Nos sentamos á la mesa, almorzamos en familia, y noté la misma reserva, la misma indiferencia que la vispera; pero mejor instruido al presente, cuánto amor encontré en aquellos ojos que se evitaban continuamente, en aquella frialdad aparente, en aquella armonía perfecta de palabras y acciones!

Nos levantamos de la mesa y fuimos á dar un paseo por el parque. En un momento en que me encontré solo con la vizcondesa, la dije:

—Y bien, señora, creéis ahora que teniendo religion, que teniendo buenos principios, nunca hay matrimonios desproporcionados?...

—Callad! me contestó, aquí viene el General.

En efecto se acercaba á nosotros, y me preguntó riendo:

—Decidme! habeis encontrado en los Pirineos por fin argumento para alguna pieza?

—Sí por cierto: uno entre otros muy interesante.

—Y sacareis de él una comedia?

—No: una novela.



UN ACTO DE VIRTUD.



SEÑORA:

Ayer, cuando empecé á hablaros de mis virtudes, me contestásteis con una maliciosa sonrisa, que me dejó cortado en el exordio de mi panegírico; porque temo demasiado vuestra malvada sonrisa para ser capaz de arrostrar su ironía silenciosa, tan sin piedad como sin apelacion. Mas atrevido hoy, por hallarme lejos de su alcance, me propongo convenceros á pesar vuestro. Que este preámbulo no os asuste: sin embargo, no trato de castigar vuestra burlona incredulidad con la narracion de todas las acciones bellas que decoran mi vida; modestia aparte, el castigo seria cruel á no poder mas. Bastará una historia sola, cortita, segun espero, para rehabilitarme en vuestra estima, y para preservar en adelante á mi amor propio de humillaciones, como la que ayer me hicisteis sufrir. Sin mas preparativos, hé aquí la historia.

Hace un año que despues de haber visitado parte de los Pirineos, volvia de Saint-Gaudens á Tolosa en una

hermosa noche del mes de setiembre. Al amanecer y como á cosa de la mitad del camino, dejé la diligencia en que iba, para entrar en otra que debia llevarme á C..., á donde me llamaba el deseo de abrazar á un antiguo amigo á quien no habia visto en muchos años, y cuyo retrato voy á bosquejaros, antes de todo, porque es uno de los principales actores de mi drama, y el conocimiento de su carácter es indispensable para la inteligencia de los sucesos que os voy á contar. En la Universidad de París fué donde conocí á Dambergeac: ocupábamos una misma habitacion en la plaza del Panteon Sin duda, señora, habreis visto algunas veces niños consagrados á la Vírgen, y vestidos de blanco por esta razon de pies á cabeza; mi condiscípulo al nacer habia sido como estos, objeto de una consagracion, aunque muy diferente. Su padre, industrial, comprador de bienes nacionales, y patriota por consiguiente, habia querido grabar en su hijo un sello republicano, tan indeleble como espresivo. Contra la voluntad del cura de la parroquia y de la madrina, una buena anciana muy amante de Dios y muy temerosa del diablo, Dambergeac habia sido bautizado con el pagano nombre de Harmodio. Era este nombre una especie de escarapela tricolor moral que debia brillar siempre en la frente del niño, á través de todas las vicisitudes de las revoluciones futuras. Tal fué la influencia bajo que se desarrolló mi amigo. Desde su infancia, adquirió en virtud del egemplo de su padre y en el ardiente clima de Marsella, su ciudad natal, una independenciam de carácter y una exaltacion de principios, que habian llegado á su apogeo en la época en que yo le conocí. Era entonces un hermoso jóven de diez y nueve años, alto, esbelto, de ancho pecho, y con unos espresivos ojos negros profundamente hundidos. Conocia su mérito, y sacaba partido de él de un modo que Staub (1) habria probablemente criticado; pero es cosa sabida que los estudiantes

(1) *Uno de los mejores sastres de París.*

tienen una moda peculiar suya, que les da una fisonomía aparte. Un levita negro y ajustado, abrochado hasta la barba, hacia resaltar el busto atlético de Harmodio; un sombrero bajo de copa y ancho de ala proyectaba fuertes sombras en su cara oscurecida por el sol del mediodia; sus cabellos, que hubieran hecho la gloria de un rey franco, descendian por sus espaldas en rizos negros y brillantes, peinados á la Benjamin Constant. Aquí estaban conciliadas la política y la coquetería; sin embargo Harmodio probó en circunstancias difíciles, que la patria pesaba sobre todo en su corazon; el mismo dia en que un diputado del centro denunció á las cámaras la peluca de *Sila*, hizo él á la oposicion el sacrificio de su flotante caballera, y llegó á conseguir, á fuerza de cepillo, hacer tomar á lo que le restaba la forma directorial proscrita, que segun decia, era la señal del mas puro liberalismo. Uno de esos enormes rôtens, llamados *germánitus*, que dan á sus portadores cierta semejanza con Hércules, completaba habitualmente su traje; el tal rôtens era á la vez su código y su digesto. Seguia el egemplo del cardenal de Retz que llevaba un estiiete en lugar de un breviario.

Aunque de diferente opinion política, cierta simpatía de carácter y de conducta nos hizo prontamente amigos. La Universidad conserva algunas cosas del colegio; una amistad franca y leal une fácilmente á los jóvenes destinados á seguir los mismos estudios. No mirando nosotros dos en este complemento de nuestra educacion sino tres años que pasar en París, estábamos muy resueltos á deshojar alegremente la hermosa flor de nuestra juventud, y á no dejarnos asfixiar sino lo menos posible por ese *gas narcótico-mefítico*, que exhalan el código de procedimientos y las Pandectas. No creo que durante estos tres años, le sucederia á Dambergeac ni una vez sola la desgracia de escuchar una explicacion entera. Siguiendo la costumbre inmemorial de la inmensa mayoría de los estudiantes, acudia exactamente á tiempo de responder

á la lista; esto bastaba á su conciencia. En cuanto á los exámenes confiaba en su facilidad para trabajar que era notable: una semana de estudio le bastaba para ponerse en estado de arrostrar la formidable presencia de los examinadores de toga roja. Por otra parte nunca pretendia una aprobacion universal; como no sé que devoto algun tanto adicto á las pompas de Satanás, hacia lo absolutamente indispensable para entrar en el cielo de la abogacia, pero nada mas.

Con el mismo horror que de la clase huia de esos terribles gabinetes de lectura, infiernos científicos donde pasaban su triste vida aquellos de nuestros compañeros que merecian el nombre de escelentes muchachos. En cambio desde la plaza del Panteon al Puente-nuevo, y desde Bussi al Luxemburgo, no habia tienda de modas ó de lencería en que no fuera el niño mimado. Bachiller mas instruido en la gaya ciencia que en el derecho, sostenia en estos sitios desde la mañana hasta la noche con todo el fuego de su facundia meridional thésis sin fin, que hubieran hecho la delicia de una córte de amor. Sus triunfos en este género no eran siempre limitados por la ribera izquierda del Sena: algunas veces llegaron á nuestros oidos voces vagas de fabulosas aventuras llevadas por él á fin y remate en los lejanos paises de la calle de la Paz y del boulevard de la Pescadería. Estas narraciones maravillosas eran para nosotros, menos favorecidos por el destino, superiores á las hazañas de Baco en la India; escitaban nuestra admiracion y envidia, pero en manera alguna nuestra rivalidad, porque la superioridad de Harmodio estaba tan bien establecida, que nadie pensó en rivalizar con él. Era entre todos los estudiantes el mejor jugador de villar, y el que con mas atrevimiento y con una voz de bajo mas aterradora entonaba una cancion de Beranger: ningun abonado á los bailes campestres desplegaba una gracia tan seductora como él en esa especie de baile que alarma el pudor de los gendarmes, y que las sociedades de gran tono no han juzgado aun conveniente

adoptar. Harmodio, en fin, era la flor y nata de los calaveras de la Universidad; un tipo digno de Göttinga ó de Jena, pero embellecido con gracias francesas.

Una cosa sola influía en su alma tanto como el amor, la disipacion y la galantería. La política, esa fria plancha de plomo que está condenada á llevar toda inteligencia, se convertía en su corazon en una pasion tan entusiasta como turbulenta. La patria era su ídolo, su cielo, su pesadilla; el dia pensaba, la noche soñaba con ella; pero persuadido, lo mismo que Joad, de que la fé que no obra no es fé verdadera, no se contentaba con un culto solitario y escondido. Ya os he hablado de su peluca á lo Sila. Pasaré en silencio su pipa de espuma de mar con el busto del general Foy, sus pañuelos tejidos á la *Carta*, sus tirantes mas sediciosos aun, en los cuales desplegaba sus proscritos colores la antigua bandera. Esta diaria conspiracion en el traje no bastaba al patriotismo de Harmodio; no pertenecia á la verdad ni á la conferencia Molé, ni á la conferencia d' Aguesseau; pero en cambio formaba parte de varias asociaciones liberales. Se trataba de arengar á un *par* ó á un diputado declarado benemérito de la patria por el *Constitucional* (en aquel tiempo leian los jóvenes el *Constitucional*), Harmodio era el orador nato de la diputacion; habia necesidad de llevar triunfante al cementerio del *Padre-Lachaise* á algun ciudadano canonizado por el mismo periódico, el hombre de Harmodio se presentaba siempre dispuesto á ser uno de los conductores del féretro. Tales eran, señora, sus placeres y sus inclinaciones; sus antipatías no eran menos vivas. Tres cosas aborrecia sobre todas! á los jesuitas, á los gendarmes y á los palmoteadores de los teatros. En esta época los misioneros procuraban volver á encender el apagado celo de los fieles en casi todas las parroquias de París. Infames jesuitas! exclamaba Harmodio, que en su cualidad de apóstol de la tolerancia, nada absolutamente toleraba. Al frente de una banda de filósofos por su estilo seguia con la mayor exacti-

tud los ejercicios de los reverendos padres; pero en lugar de un corazón contrito y penitente llevaba al Santuario la abominación de la desolación; una descarga de ristos fulminantes que crugían bajo los pies de los asistentes piadosos, redomillas de *ana-fatida* mezclando sus olores impuros con los perfumes del incienso, y coplas cínicas contestando á los cánticos del coro, indicaban su enemiga presencia recordando las grotescas saturnales de la fiesta del *Asno*.

La segunda pesadilla de Harmodio era el gendarme; el gendarme cantado por Odry y proscrito por la revolución de julio, inmortalizado por la poesía y la desgracia. En cuanto á los palmoteadores de teatro, estos callaban en su presencia como la tierra ante la de Alejandro; su grito de guerra—*Viva la Carta!* era tan conocido en el Odeon, que los empresarios de triunfos dramáticos pedían doble paga por *trabajar* en este teatro; y á la verdad no era caro el salario, pues casi siempre lo ganaban debajo de las lunetas.

Tal fué Harmodio mientras que vivimos juntos.

A través de las bocanadas de este volcan siempre rugiente, hirviente y agitado, brillaban á veces algunos rayos de luz pura y brillante; yo le pronosticaba un buen porvenir; porque sus defectos, en mi opinion, provenían de un lujo de fuerza que debía templar la edad y utilizar la esperiencia. La conclusion de nuestros estudios nos separó. Yo permanecí en París; y él volvió á Marsella, donde acababa de morir su padre, y á donde le llamaban intereses de familia. Nos despedimos pues, tiernamente, pero sin tristeza; con esa confianza de la juventud que en la actualidad presiente siempre el porvenir.

—Pronto nos volveremos á ver, me dijo Dambergeac; lo conozco, mi destino está fijado aquí; París es la única atmósfera en que se puede vivir. Esparta es imposible, viva Babilonia.

Esta fué su despedida.

Nos hicimos la promesa de escribiros; no la cumplimos como es uso y costumbre entre amigos. Era-

mos demasiado jóvenes los dos para que nos sobrara tiempo que emplear en correspondencias masculinas. Muchos años se pasaron; la revolucion de julio llegó, y supe por el *Monitor* el nombramiento de mi condiscípulo para una subprefectura en los Pirineos: el crédito de uno de sus tios, diputado doctrinario, le habia proporcionado esta plaza.

Dos años despues me escribió Harmodio por fin dándome parte de su casamiento con una señorita de su jurisdiccion; este fué el término de que se valió.

Al saber la primera de estas noticias habia compadecido á los sujetos á su autoridad; al saber la segunda compadecí á su esposa, porque á pesar de todas las buenas cualidades de mi amigo, me parecia tan incapaz de ser fiel marido, como laborioso magistrado.

Nuestra larga separacion y nuestra pereza epistolar no habian disminuido mi cariño hácia Dambergeac; así acogí con el mayor placer esta ocasion de volverle á ver. A cada paso que me acercaba á C..., cabeza de la subprefectura, sentia renacer en mi imaginacion los recuerdos de nuestra vida de estudiantes, y con anticipacion saboreaba el placer de volver á gozar por un momento con el amigo de mi juventud de aquella alegre vida, en que nos habian sido comunes tanto penas como alegrías.

En el coche en que subí al dejar la diligencia de Tolosa, encontré por único viajero á un personage, que á pesar de nuestro mútuo silencio, no tardó en llamar algo mi atencion y que concluyó por distraerme de mis pensamientos. Era un jóven de veinte y cinco á treinta años, mas bien bajo que alto, dotado de una robustez completa que hermanaba perfectamente con el bermellon de sus megillas, cuyos contornos lisos y carnosos no alteraba ningun vestigio de barba. Unos grandes ojos saltones daban á su fisonomía cierta espresion estática y pasmada. Sus cabellos de un rubio amarillento, peinados hácia atrás contra la voluntad de la naturaleza, dejaban ver una frente naturalmente pequeña, agrandada por la navaja de

afeitar que habia dejado en las sienes muestras de su reciente paso, y caian por su espalda en un pintoresco desórden, que les daba cierta semejanza con la melena de un leon. Cualquiera, mirando de perfil este rostro rubicundo acompañado por tan rutilante cabellera, hubiera creído ver un cometa con su cola. La pantomima de mi nuevo compañero de viaje no era menos notable que su fisonomía. Unas veces, sorprendido por un ahogo repentino, asomaba la cabeza por la ventanilla y aspiraba el aire de afuera con un resoplido semejante al de una ballena; otras, hundiéndose en un rincon del carruage, dejaba caer la cabeza sobre el pecho, y permanecía en esta postura, sumergido en el adormecimiento de un boa haciendo su digestion. De cuando en cuando se pasaba la mano por la frente, accion familiar á todos los hombres pensadores, atormentaba sus cabellos como quien discurre, levantaba los ojos á la imperial como buscando entre las sombrereras y paraguas alguna inspiracion rebelde, ó movia los labios pronunciando no sé qué conjuro cabalístico. Sin lo profano de su traje le hubiera creído un sacerdote recitando sus oraciones, y arrebatado por un éstasis ferviente á demostraciones de entusiasmo. Pero su mundana levita de viaje de terciopelo azul adornada de botones dorados, su camisa de color de rosa con florecitas blancas, su sombrero de paja y su corbata negligentemente anudada, me hicieron ver en él un cómico estudiando su papel.

Mi talento perspicaz acababa de decidir que esta era su profesion, cuando el que yo creia émulo de Roscio con un salto imprevisto, imprimió un violento sacudimiento al carruage, sumergió triunfalmente los diez dedos en su blonda cabellera, puso los ojos en blanco sonriéndose á sí mismo, y sacando una cartera empezó á escribir á pesar de la rapidez con que rodaba el coche.

—Un poeta! me dije á mí mismo avergonzado de no haber acertado antes.

Siendo yo tambien un tanto coplista, conozco ínti-

mamente á algunos grandes poetas; pero hacia mucho tiempo que á ninguno había sorprendido in fraganti delito. Es tal el prosaismo que corre, que para encontrar un hombre concienzudamente ocupado en hacer versos, había sido preciso venir entre las rocas de los Pirineos á doscientas leguas de París. Entonces recordé que estábamos en el distrito de Tolosa, la docta villa, la ciudad de Minerva, y me convencí de que acababa de asistir al nacimiento de algun himno á la Virgen ó de algun soneto á Clemencia Isaura, destinado al concurso de los juegos florales.

Deseando averiguar si eran exactas mis congeturas, travé conversacion con mi vecino que contestó á mis preguntas con un aire amable, inspirado tal vez por la satisfaccion vanidosa inseparable de una reciente paternidad.

Mi interlocutor, si se esceptua cierta eleccion de palabras, trabajosa muchas veces, y una continua pretension á hacer efecto, hablaba como un simple mortal, y su conversacion no carecia de interés y variedad. Tocamos muchos objetos sin pararnos en ninguno; hablamos de literatura, de viajes, de mugeres. Mi compañero, que acababa de ver el mar en Cette, se dió aires de gran viajero.

—Viajero y artista? le dije con acento adulator porque queria lograr mi objeto; no podeis ser colocado en esa clase de viajeros pedestres que hacen por tontería lo que Alfieri por originalidad, y recorren el mundo sin ver, sin aprender, sin pensar en nada. Vos conoceis mejor el valor del tiempo y el provecho que se puede sacar de un viaje. Es ese vuestro diario?

Mis ojos designaban la cartera colocada sobre sus rodillas; sonrió negligentemente y con acento de burla en que se traslucia su complacencia secreta:

—No es mi diario, son unos versitos, me dijo con el tono de un Vaduis.

—A Iris, ó á Elvira? pregunté.

—A Marta.

—A Marta! El nombre es bonito, aunque de pocos consonantes.

—Carta, sarta, Esparta, dijo con viveza el poeta.

—Aparta, ensarta, parta, continué yo con la facilidad de un hombre veterano cazador de consonantes, y que ha buscado mas de una inspiracion en el diccionario poético.

—*Anche tu sei poeta!* exclamó mi interlocutor parodiando al Corregio.

A instancias mías, y viendo que no era indigno de tal honor, me leyó su soneto; pues era por fin soneto. Eran unos versos tiernos é inofensivos, como yo mismo los sé hacer, y como es permitido hacerlos á todo jóven por la mañana mientras se afeita ó despues de comer mientras fuma un cigarro. El tal soneto empezaba con un verso cuyo sentido era:

«Tu amistad para mí es poco ó nada.»

He olvidado los demas, que tuve entonces presentes literalmente algunos dias. A propósito menciono esta circunstancia; mas tarde, señora, sabreis el por qué.

—La célebre Marta os concede su amistad, pero su amistad solamente?

—Sí, me hacen sufrir antesala, respondió sonriendo con fatuidad.

—Antesala! á vos que mereceis todas las felicidades del salon!—Encantar el fastidio de la ausencia componiendo versos al objeto amado, es digno de un Amadís.

—Afortunadamente la ausencia va á concluir; esta tarde, según espero, llegará a su destino esta centella en forma de soneto.

—Con qué vuestra severa amiga está en C...?

—*Tú lo has dicho*, respondió el amante que era muy amigo de citas.

Este nombre de C... cambió el curso de mis ideas y me volvió á la memoria á Dambergeac. Viendo, á juzgar per las apariencias, que me encontraba en

conversacion confidencial con uno de sus administrados, me ocurrió la idea de aprovechar esta ocasion para averiguar la consideracion de que gozaba mi amigo en su territorio. Despues de algunas preguntas acerca del pueblo C... de su topografía, de los recursos que podria proporcionar á un forastero la sociedad de sus habitantes:

— Qué especie de hombre es vuestro subprefecto? pregunté con un aire indiferente.

El poeta volvió bruscaamente la cabeza hácia mí; su entrecejo súbitamente fruncido dió á su fisonomía una expresion casi trájica, me pareció que su rubia melena se herizaba sobre su frente.

— Es un subprefecto, contestó al fin dejando caer cada palabra con el desden terrible de una sentencia sin apelacion.

Esta respuesta no me enseñaba nada nuevo, porque hay subprefectos de todas especies; conozco yo algunos hasta con mucho talento; pero si las palabras eran ambiguas, la ironía del acento que las habia pronunciado las hacia suficientemente significativas.

— Diablo! me dije á mí mismo, parece que Dambergeac se ha buscado enemigos y que me he dirigido á uno de ellos... é insistiendo por una pregunta insidiosa:

— Dicen que tiene una muger encantadora? añadí.

Esta vez la fisonomía del poeta pasó de la gravedad á la dulzura y brilló en sus labios una inefable sonrisa.

— La señora de Dambergeac es una muger, dijo con énfasis.

— El subprefecto es un subprefecto, su muger es una muger, vos teneis una levita azul y los dos estamos en la diligencia; todas estas son verdades incontestables, repliqué yo con el mal humor que inspira la curiosidad no satisfecha.

Mi vecino meneó la cabeza con aire de melancolía y díjome con un acento marcado de compasion y de amargura:

—Una muger jóven y hermosa que reúne todas las gracias del ingenio y el mejor corazón encadenada á un hombre vulgar, grosero, déspota, incapaz de apreciarla; esta es una historia sencilla y que se puede contar en dos palabras: la señora de Dambergeac no ha sido *comprendida* por su marido. Esto es todo.

Me quedé mudo; porque en mis tiempos Harmodio comprendía á todas las mugeres y esta torpeza me sorprendía. Una de dos, ó el Lovelace de la *escuela del Derecho* ha degenerado y sufrido una completa transformación, ó la señora subprefecta, ángel incomprendible según mi vecino, es un verdadero geoglífico indescifrable. En ambos casos mi visita iba adquiriendo un interés que yo no había previsto: por esto al divisar las campanas de C... sentí la conmoción involuntaria que inspira el presentimiento de que se acerca el momento de presenciar un drama nuevo.

—Dambergeac no comprende á su muger, dije yo para mí descendiendo del coche, pues bien, yo la comprenderé, la estudiare aunque tarde siete años, como Alfieri en aprender el griego.

La conversacion terminó. Tomé las señas de mi compañero, deseándole prosperidad en amores y poesía y despues de haberme desayunado me fuí hácia la subprefectura.

—El señor subprefecto llega hoy por la mañana; le estamos esperando de un momento á otro, me dijo el conserje; si quereis tomaros el trabajo de volver...

—Prefiero esperar aquí, contesté; y bajo la fianza, prestada por mí, de ser amigo íntimo de Dambergeac, fuí introducido en su gabinete. Una gran mesa circular, cercada de sillones, ocupaba el centro de la habitación; estantes llenos de legajos, cuyos verdes cartones contenian todos algun rótulo administrativo, ocultaban las paredes; los intermedios estaban ocupados por varios mapas, entre los cuales brillaba en primer término el del territorio de C...; en frente de las ventanas, sobre un zócalo de madera pintado imi-

tando mármol, aparecía el busto del Rey de los franceses. Al ver esto y acordándome del republicanismo de Harmodio, no pude menos de sonreirme; pero antes de que tuviera tiempo para concluir mis observaciones, un ruido, que hizo crugir los cristales y que parecía conmover la subprefectura entera, atrajo mi atención hácia afuera. En el patio, cuya reja acababa de abrirse, rodaba con estrépito una carretela escoltada por dos gendarmes á caballo, con el sable desenvainado. Un hombre de elevada talla, cubierta la cabeza con un sombrero adornado de plumas y vestido con un uniforme azul bordado de plata, descendió del carruaje; despues de haber dado las gracias y despedido á la escolta con un saludo lleno de gravedad, subió la escalera. Un momento despues, la puerta del gabinete se abrió y Dambergeac se lanzó en mis brazos.

Pasados los primeros instantes de efusion, nos examinamos los dos con igual curiosidad, porque se habian pasado ocho años desde nuestra última entrevista.

—Estás pálido y delgado, me dijo Harmodio.

—En cambio tú, contesté, estás grueso y encendido; si yo soy una sátira contra el celibato, tú eres un excelente panegírico del matrimonio.

En efecto, se habia verificado en él un cambio que deberia parecer ventajoso á muchas personas; habia adquirido mas carnes y anunciaba una inclinacion decidida á convertirse enteramente en lo que el pueblo llama un buen mozo, es decir, un buen gordo. Su cutis antes moreno se habia aclarado y ofrecia á la vista esos tonos frescos y tranquilos que caracterizan las pinturas de Larguilliére. La política habia desaparecido de sus cabellos, artísticamente rizados y arreglados á manera de concha marina en lo alto de la frente, como los de los mozos de café. Este peinado, unido á unas pequeñas patillas, daba á su fisonomía cierto aire patriarcal que respiraba salud, y al cual la solemnidad del uniforme prefectoral parecia añadir un

no sé qué de entonado ó importante que me desagradó soberanamente. En cuanto á lo demas, infructuosamente busqué entre las cejas de Harmodio ese fruncimiento duro é imperioso, habitual á los tirauos domésticos, que esperaba encontrar incrustado en ellas, creyendo las confidencias de mi compañero de viaje.

—Te sorprendo en medio de tus grandezas, le dije volviéndome á sentar; sabes que con ese traje y con tus acompañantes de ahora poco, tienes una apariencia grandiosa é imponente. Has hecho en tu palacio una entrada digna de un *pachá*

—Me encuentras *in fiochi* en honor de Monseñor d' Auch que está haciendo su visita diocesana, y á quien acabo de acompañar hasta los límites de mi territorio.

—Cómo, te haces escoltar por gendarmes y te acompañas con obispos! con arzobispos! segun eso, los unos no son ya genízaros ni los otros jesuitas?

El subprefecto se sonrió.

—Te aseguro, dijo, que mis gendarmes son todos muy buenos muchachos, y que, entre esos señores del clero d' Auch, se encuentran personas muy distinguidas; además, mi muger es sobrina de uno de los vicarios generales.

—Qué has hecho de tus patillas á la *Torquato* que eran la adoracion de la pobre Armandina? pregunté mudando de conversacion.

—A mi muger no la gustan las barbas, y lo que es lícito á un estudiante sentaria mal en un magistrado.

Me eché á reir.

—Magistrado y Harmodio! exclamé; no puedo habituarme á la union de esas dos palabras. Dime, cómo te compones en tus audiencias, en tus sesiones en el consejo de revision... etc.? La mano sobre el corazon, nunca te has dormido leyendo una circular administrativa ó una instruccion ministerial?

—Al principio, respondiò mi amigo, me veia en la precision, para mantenerme despierto, de pincharme los muslos con un alfiler. Al presente, estoy ya acos-

tumbrado; tengo seguridad de no tomar en cada sesion de trabajo sino ochenta polvos de tabaco á lo mas.

—A propósito de tabaco, estamos cerca de España, por consiguiente debes tener buenos cigarros; dame uno: su aroma neutralizará algun tanto el olor á papelotes que exala tu santuario.

—Afligido hasta lo mas profundo de mi corazon, te digo que ya no fumo. Mi muger no puede sufrir el cigarro, y...

—Pardiez! interrumpí impaciente con estas dos palabras, mi muger! que repetia á cada paso; tu señora no podrá ser mas delicada que Julieta, á quien el olor de la pipa atacaba realmente los nervios, y que tenias tan bien aprisionada que concluyó por fumar mas que un contrabandista andaluz.

—Julieta era mi querida: Mad. Dambergeac es mi esposa, dijo Harmodio con tono dogmático.

—Mr. Pinchon no hubiera sido capaz de contestar mejor, pensé; de dónde diablos habra sacado mi poeta de esta mañana que este modelo de los maridos era una segunda edicion de Raoul Barba-azul!

Para satisfacer, segun sus medios, mi capricho de tabaco, Dambergeac me presentó una caja de oro cuya tapa ofreció á mi vista una imágen real, la misma que figuraba en busto en medio del gabinete, pero rodeada esta vez de una pleyada de lindos principes y de amables princesas, todo delicadamente pintado en miniatura. En el gabinete de todo empleado del gobierno el busto de Luis Felipe es un mueble obligado; pero su retrato en una caja de tabaco me pareció un rasgo propio de ese interés sentimental y personal tantas veces reprochado á los realistas de la restauracion.

—Eres decididamente *doctrinario*? le pregunté bruscamente.

—Soy subprefecto, contestó Harmodio.

A esto nada habia que responder, así, me callé maravillado no del cambio que habian sufrido las cos-

tumbres, las maneras y las opiniones del digno marido, sino de mi propia sencillez que esperaba encontrar en el funcionario público de 1834 al estudiante de 1826. En este momento la puerta se abrió, y un criado presentándose dijo:

—Mi señora espera al señor subprefecto; han tocado á misa: y se marcha.

Sin poderme contener dí un salto sobre mi asiento, porque estas palabras eran el golpe de gracia.

La misa! exclamé; tú vas á misa: decente, seria, cristianamente, sin mistos fulminantes ni redomillas de *ana-fætida* en los bolsillos? Todas las impiedades cometidas por mi antiguo condiscípulo en San Eustaquio y en Santa Genoveva se habian despertado en mi memoria á aquellas palabras inauditas: han tocado á misa.

El subprefecto se levantó; su rostro permaneció sereno y una indulgente sonrisa se deslizó por sus labios.

—Mi territorio es muy devoto, dijo, y es sábiamente político contemporizar con las creencias de los pueblos; el gobierno nos da acerca de este punto las instrucciones mas positivas. Voy á la misa de once todos los domingos; ademas, Marta es muy piadosa.

—Marta! exclamé con viveza.

—Es el nombre de mi muger Ven, te presentaré á ella. Si deseas agradarla ofrécela el brazo y acompáñanos á la iglesia Un antiguo capellan de regimiento es el que dice la misa... negocio de media hora, nada mas.

En el instante en que me acercaba á una ventana para tomar mi sombrero, divisé en la calle á mi compañero de viaje, el hombre del soneto, andando con la vista hácia el cielo, sin duda en persecucion de algun consonante rebelde ó de algun ángel invisible para mí. A su vista, una revelacion súbita iluminó mi alma, como una trampa de teatro levantándose ilumina la escena en que el drama va á empezar.

—La subprefecta se llama Marta!

Y en un acceso de curiosidad tal, cual nunca había sentido ninguno, me precipité en seguimiento de Harmodio que se dirigia á la habitacion de su muger.

Encontramos á Mad. Dambergeac en un saloncito que precedia á su alcoba. En pié, al lado de una ventana, tenia en una mano su devocionario, y con la otra sostenia la cortinilla que tenia levantada para mirar á la calle, y que dejó caer negligentemente á nuestra llegada. Cuando nos saludó, la envolví en una de esas miradas elípticas y penetrantes que, sin insolencia de parte del hombre, oprimen á una muger de pies á cabeza, apoderándose de los menores detalles de su persona con la misma prontitud y fidelidad que emplea la cera en tomar la estampa de una cerradura. Con esta misma ojeada distinguí una cachemira de color rojo, retenida en torno de su cuello por un alfiler de camafeo y que bajaba casi hasta el suelo; un vestido verdoso, color desgraciadamente ligado con el de la cachemira; unas botitas de taflete color de castaña; uno de esos monstruosos sombreros de paja de Italia, que yo detesto; bajo este sombrero se divisaba un rostro pálido rodeado de cabellos rubios cuya doble banda, mas abundante que regular, denunciaba la incorreccion perezosa de un tocador de mañana; en fin, por faccion principal se veian unos ojos azules claros, del tamaño de una almendra, alargados aun mas por cierto guiño medio lánguido, medio desdenoso, familiar á muchas mugeres de mundo, y que acompañado por una imperceptible inclinacion de cabeza contestó á mi saludo de una manera ducal bastante impertinente. Este trage cuyo gusto equívoco hubiera sido vulgar sin el valor real del chal de cachemira, anunciaba una provincial; la actitud de su cuerpo ligeramente plegado podia tomarse igualmente por efecto de indolencia ó por esa inclinacion involuntaria y graciosa que imprime á los talles esbeltos una organizacion delicada ó enferma; el rostro ovalado, aunque un poco espetado, tenia cierta distincion natural, destruida á medias por su espresion á la vez al-

tiva y elegiaca; los ojos, en fin, con sus rayos penetrantes y con su juego espresivo de párpados, eran de aquellos que un hombre podrá no amar, pero que mira siempre mas de una vez; su brillo y su color me recordaron ciertos safiros de que se hablaba en el soneto á Marta: en total, Mad. Dambergeac era una muger de veinte y cuatro años muy linda, y si mi compañero de viaje habia dicho la verdad, su marido no tenia excusa por no comprenderla.

—Mi querida Marta, dijo Harmodio, te presento á uno de mis mejores amigos de quien te he hablado muchas veces, el conde Leopoldo de Cast.

A pesar de mi preocupacion de observador, no pude menos de sonreirme á esta presentacion solemne. En la Universidad mi inocente título de conde habia sido mil veces el objeto de una patriótica irritacion de mi compañero. El acento retumbante con que hoy lo proclamaba me demostró que el uniforme de subprefecto habia reconciliado al ex-carbonario con la nobleza tanto como con el clero.

Despues de algunas frases de fria política, ofrecí el brazo á Mad. Dambergeac segun la recomendacion que me habia hecho su marido y salimos para ir á misa contra la cual no tenia yo obgecion que oponer. Aunque la iglesia estaba inmediata á la subprefectura, subimos en el coche para ir á ella, fausto inusitado en una ciudad pequeña. Creí por un momento que seríamos acompañados por los gendarmes que habian servido de escolta á Harmodio; esta gloria nos faltó, pero en cambio tuvimos la de atravesar la nave en toda su longitud para instalarnos en el banco reservado al señor subprefecto. Cuando yo voy á misa me coloco siempre á la entrada de la iglesia entre las filas de los pobres y de los humildes dejando á otros mas dignos lo alto del santuario. Así, me encontré algun tanto embarazado por esta distincion que me pareció algo fariseáica, á poco me habitué á ella; pero despues de haber triunfado de mi cortedad, fui menos dichoso en cuanto á la distraccion involuntaria causada por mis vecines. Har-

modio observaba una actitud y una conducta admirables; con los brazos cruzados sobre el pecho y la vista imperturbablemente fija en una golondrina que picoteaba los vidrios de una de las ventanas del coro, se levantaba cuando debia levantarse, se sentaba cuando convenia sentarse, todo con una inteligencia y puntualidad que hubieran hecho honor á un mayordomo de cofradía. Me edificó la continencia de mi amigo, en cambio Mad. Dambergeac, á cuyo lado me hallaba, me pareció menos absorta en sus oraciones de lo que era de esperar de la devocion que la atribuia su marido. Me pareció que leia mucho tiempo en una misma página; ademas noté que cada vez que se sentaba ó levantaba, volvía la cabeza, movimiento nada necesario y que me pareció poco heterodojo, porque yo he desconfiado siempre de las mugeres que miran hácia atrás. A la primera ocasion me volví al mismo tiempo que mi vecina. Mi vista atravesó sin detenerse el mar de gorras y de sombreros de muger que ondeaba en medio de la iglesia, y sondeó con una mirada tan rápida como infalible un grupo de jóvenes que con intenciones mas ó menos piadosas estaban á las puertas de la iglesia. En primer término, apoyado en uno de los pilares de la iglesia, la frente ceñida de una aureola prismática con la que coronaba el sol penetrando á través de los vidrios de colores, reconocí á mi poético compañero de viaje. En la beatitud impresa en su fisonomía, así como en su blonda cabellera y en la rotundidad de su rostro, creí ver un robusto querubin; con los ojos muy abiertos y dirigidos hácia donde yo estaba parecia decir: *Ave* como esos ángeles de mármol de que habla Dante en su sencillo y sublime lenguaje; pero al encontrar mi mirada; la suya cambió súbitamente de espresion, y su boca se contrajo con un gesto bastante feo que compararé, puesto que estamos en la iglesia, al que dicen que hace Satanás cuando le sumergen en una pila de agua bendita.

Me senté, y sin afectacion examiné á Mad. Dambergeac; esta vez leia en su libro al revés. Harmodio por

su parte parecia contar con la mayor atencion los vasos de flores colocados en la balaustrada que rodeaba el coro. Cómo es posible, señora, oír una misa con devocion, cuando se desenvuelve á nuestra vista un drama como este del que inopinadamente me encontraba espectador!

Al salir de la iglesia, en el centro de una doble fila de fieles colocados al paso de las bonitas devotas de C..., que me recordaron los abonados de Santo Tomas de Aquino, distinguí de nuevo al poeta; nos saludó en el momento en que yo me sentaba en el carruage al lado de Mad. Dambergeac, y sus saltones ojos me lanzaron una mirada de odio y de cólera encontrada. Me trataba como á rival, yo no sé por qué; tampoco sé por qué acepté yo esta posicion, y sin estar autorizado para ello por la persona interesada en este debate naciente, levanté al punto el guante que me habia sido arrojado.

—Quién es ese jóven gordo que acaba de saludar? pregunté á Harmodio mirando al mismo tiempo de reojo á su muger.

Mad. Dambergeac se mordió el labio inferior haciendo un pequeño gesto desdeñoso que indudablemente se dirigia al jóven gordo ó á mí: á cuál de los dos? No lo sé.

—Es el receptor de contribuciones, respondió Harmodio; Mr. Aimé Morisset.

—De Morisset, dijo la subprefecta con un tono breve.

Este *de* aclaraba la cuestion; era evidente que el gesto despreciativo era dirigido á mí y estaba destinado á vengar á Mr. Aimé de esta calificacion impertinente: *jóven gordo*.

Que Mad. Dambergeac era la Marta del soneto, no tenia duda para mí; pero cuál era la naturaleza de la amistad de que el poeta hablaba en sus versos, hé aquí lo que yo tenia curiosidad de saber. Si se hubiera tratado de otra muger que no hub era sido la de mi amigo, mi curiosidad hubiera parecido indiscreta y

pueril, ó tal vez no la hubiera sentido. Pero la comunidad fraternal, en que por largo tiempo habia vivido con Harmodio, me justificaba á mis propios ojos. Me pareció que mi iniciacion voluntaria en sus secretos domésticos no era una intrusion vituperable, sino una accion tan legitima como natural, y que en una circunstancia en que su honor corria algun peligro, se trasformaba en deber. Así, aceptando sin remordimiento alguno su invitacion de permanecer en C... hasta el fin del otoño, y por mas largo tiempo aun si me convenia, resolví proseguir la lectura de la novela, de que aun no habia deletreado sino el primer capítulo.

Por la noche habia baile en la subprefectura. Dambergeac, que tenia muchos bienes de fortuna y cuya muger era bastante rica por otra parte, habia montado su casa bajo un pie muy brillante, y desplegaba en su modo de representar al gobierno á los ojos de sus administrados una especie de suntuosidad vanidosa

—Crees que esta noche tendremos á algunos de nuestros ilustres hidalgos? preguntó á su muger con una sonrisa agri-dulce cuando hubimos entrado.

—Tengo la promesa positiva de Mad. Genévry, contestó la subprefecta, y la condesa du Dressant me ha dado palabra no solo de venir, sino tambien de comprometer á su cuñada á que la acompañe.

—Es preciso que sepas, me dijo Harmodio, que tenemos aquí un barrio de San German (1) en pequeño, que copia al pie de la letra con respecto á nosotros los funcionarios de julio la conducta que su hermano mayor observa con las Tullerías. Nuestros displicentes aristócratas son mas impertinentes aun, si es posible, que los de la calle de Varennes. Las señoras estan extraordinariamente políticas con Marta, que por otra parte es una de ellas; se ven con frecuencia y se

(1) *Cuartel de París habitado por lo mas antiguo de la aristocracia francesa.* (N. del T.)

pagan las visitas con la mas escrupolosa exactitud, pero por la mañana solamente: por la noche parece que la subprefectura se convierte en un lazareto apesadado. Podrás creer que en cuatro años que hace que estoy aquí, no he podido decidir á uno de esos hidalgotes á poner el pie en mis reuniones... Y sus mugeres! aun son peores que ellos... un escuadron de marquesas de Pretintaille y de condesas de Escarbagnos! (1)

El subprefecto hizo oír una estrepitosa carcajada cuya ironía no alcanzaba á cubrir del todo su disgusto secreto, y entonó con su gruesa voz de bajo la cancion á que acababa de aludir.

Vils roturiers (2)

Respectez les quartiers

Mad. Dambergeac cortó bien pronto esta reminiscencia del Harmodio de otras veces tapándose los oídos con un gesto impaciente.

—Podriais, dijo, cuando esta pantomima hubo impuesto silencio á su marido, tratar menos groseramente á mis amigas: en cuanto á mí, yo apruebo su conducta, y en su lugar me conduciria del modo que ellas lo hacen. La gente que me poneis en el caso de recibir no tiene los mejores atractivos para una muger bien educada, y sin ser condesa de Escarbagnos, creo que á una persona decente se la podrá dispensar el no ser muy aficionada á la sociedad de Mad. Potageot, la muger del síndico, ó de la señora escribana Capricard... Me parece que puedo murmurar un poco delante de Mr. de Cast, añadió la jóven dirigiéndome una graciosa sonrisa, tanto mas cuanto que esta noche podrá juzgar de si soy demasiado maldiciente; y sin esperar mi respuesta ni la de su marido, se marchó.

—Marta no deja de tener razon, me dijo mi amigo tirando de una campanilla; hay exigencias de posicion

(1) *Titulos burlescos de una cancion de Beranger.* (N. del T.)

(2) *Miserables pecheros, respetad los blasones.*

muy desagradables; verás en nuestro baile que estamos muy encanallados á pesar de todas mis tentativas de depuración.

Harmodio, el republicano convertido en aristócrata, me pareció una cosa tan graciosa, que no pude contener una carcajada, en que la llegada de un criado le impidió fijar la atención.

—Mis invitaciones para esta noche están todas en sus destinos? preguntó.

—Se ha seguido la lista que dió la señora, contestó el criado, y tomando de encima de una mesa un paquetito de papeles: —He aquí las que quedan, añadió.

Harmodio tomó las papeletas, las miró un instante, y arrugándolas de pronto en una de sus manos, pegó en la mesa un puñetazo que no hubiera resistido un toro:

—Sereis toda vuestra vida un imbécil, exclamó; y este otro animal de impresor parece que ha jurado no hacer mas que tonterías. Os he dicho veinte veces, y a él otras tantas, que mi nombre se escribe: d, minúscula, apóstrofe, A mayúscula, y todavía lo estropea como si nada se le hubiera dicho. Id á pedirle su cuenta; de hoy en adelante será Mérignon el impresor de la subprefectura.

—No sabía que fueses tan ilustre caballero, dije á mi amigo cuando salió el criado; desde cuándo acá eres d' Ambergeac?

Harmodio procuró sonreirse.

—Son cosas de mi muger, respondió, que cree que mi nombre escrito de esta suerte hace mejor efecto en sus targetas. Por otra parte, esa es su verdadera ortografía; lo he encontrado yo mismo escrito de ese modo en unos títulos de 1547.

—Diablo! tienes ahora títulos de 1547, continúe sin piedad hácia su evidente embarazo. No me disgustaba pagarle en la misma moneda las burlas con que en otro tiempo habia perseguido á lo que él llamaba mi elevada alcurnia.

—Y por qué no he de tenerlos? exclamó con esa es-

pecie de brutalidad que da la conciencia de una mala causa; me parece que d' Ambergeac suena tan bien como Cast ó Castillan.

—En seguida, tomándome una mano: tienes razon, continuó, en burlarte de mí, soy ridículo, lo conozco; pero cómo diablos quieres que deje uno de serlo entre este enjambre de hidalgos encopetados?

Pobre Harmodio! pensé cuando me encontré solo, héle aquí muy apesadumbrado por un apóstrofe de menos; y mientras tanto su muger lee en un devocionario vuelto al revés sin que él lo note ni se inquiete por ello! La ceguedad es una cualidad inseparable de la condicion de marido!

Habia hecho traer mi equipage á la subprefectura, donde me hallaba instalado en calidad de comensal; por la tarde gocé del entretenimiento, divertido algunas veces, de ver entrar á los convidados. Tuve tiempo de advertir que la muger de Harmodio no habia estado en efecto demasiado maldiciente. En esta reunion, compuesta esclusivamente de empleados del gobierno, de industriales etc. todos solemnemente vestidos ó mejor dicho endomingados, porque la severidad del subprefecto en punto á etiqueta era notoria, se encontraba mas de una figura ridícula, mas de un traje grotesco; pero dónde no se encuentran? Mad. Dambergeac acogia y devolvia los saludos con el aire indiferente y altivo que tanto me habia llamado la atencion en su fisonomía, y hacia los honores de su salon como muger que voluntariamente hubiera cerrado las puertas de él á las dos terceras partes de sus convidados. La perdoné esta ligera impertinencia, de la que por otra parte no podia yo quejarme, en favor de los numerosos detalles de gracia y de belleza, que por la mañana se me habian pasado desapercibidos, ocultos como estaban por el ancho chal de cachemira y por el colosal sombrero, y que al presente revelaba en todo su esplendor una toaleta de baile tan fresca como indiscreta. Indudablemente Mad. Dambergeac era preciosa, y en este caso quién hubiera

podido privarle del derecho de echarla un poquito de duquesa?

—Mad. Capricard! anunció el criado colocado á la puerta del salon.

A este nombre y á la vista de la robusta bayadera empenachada que entraba haciendo quiebros y retorciendo su cuerpo como una culebra para hacer un saludo interesante, la vista de la subprefecta buscó á la mia, y cambiamos una sonrisa que hubiera hecho caer de espaldas á la *resplandeciente* notaria, si hubiera sido capaz de adivinar el sentido de ella.

—Monsieur de Morisset! continuó el criado. Esta vez fui yo quien busqué la mirada de Marta, pero no la encontré.

El poético receptor de contribuciones hizo una entrada tan grave y melancólica, como la de Mad. Capricard habia sido *silfidica* y vaporosa. Se adelantó hácia la subprefecta, la dirigió un saludo ceremonioso á propósito para tener á raya á la murmuracion, y se introdujo al instante en un grupo de hombres reunidos en el centro del salon, y entre los cuales no tardó en distinguirme. Sin duda habia tenido tiempo de reflexionar desde por la mañana, porque en lugar del aire hostil que yo me esperaba, su fisonomía tomó á mi vista una espresion amable y cariñosa. Con un interés probablemente todo de política, que no me engañó por cierto, vino á mí y tocándome el brazo familiarmente:

—Oh, buenas noches, me dijo, Machiavello, Sisto-Quinto, Richelieu, Talleyrand, el mas pérfido y astuto de todos los diplomáticos pasados, presentes y futuros. No os avergonzais de la treta sin segunda que me habeis jugado esta mañana? Y yo que respondia á vuestras traidoras preguntas con una ingenuidad digna de la edad de oro! A lo menos, espero que aunque sois curioso, no sereis indiscreto.—Estas palabras fueron pronunciadas con un tono mucho mas sério que las anteriores.

—Sosegaos, le contesté riendo, os prometo no decir

á nuestro amphitrion que le encontráis grosero, despota y mal marido.

—Ni eso ni lo demas, repuso Morisset con una sonrisa que disimulaba mal su inquietud.

—Lo demas, nada tiene me parece, que pueda herir á la persona á quien concierne. Una muger raras veces tiene por un crimen el interés que inspira, y en esta circunstancia me parece que puedo hablar sin causaros perjuicio.

—Tal vez; pero reclamo vuestro silencio, respondió gravemente el poeta.

El ritornello de una contradanza interrumpió nuestro diálogo. Mi interlocutor se lanzó hácia Mad. Capricard, que al verle venir se levantó con un saltito infantil, que hizo gemir á la banqueta en que ella hacia alarde de su persona. Esta pareja, que se hubiera podido comparar con exactitud á una galeota holandesa remolcada por una lancha, hendió la multitud con gran daño de las flores y de las cintas que cubrian á la sílfide de pies á cabeza, y se colocó en una de las cuadrillas en el centro del salon. M. Morisset habia combinado tan bien su movimiento, que sin afectacion y como por casualidad, se encontró en frente de la subprefecta que estaba bailando á la sazón con el coronel del regimiento de caballería de guarnicion en C... Obligado á ceder mi sitio á los bailadores, me acerqué á la puerta, pero sin perder de vista á los actores de una escena, que segun mis observaciones anteriores, no podia menos de ser interesante, cuando sentí una mano sobre mi hombro.

—Tú verás como no vienen, me dijo á mi oido una voz gruesa con cierta espresion de mal humor.

Me volví y vi á Harmodio; miraba hácia la puerta y á cada recién-llegado que se acercaba á saludarle se mordía los labios con un disgusto concentrado.

—Quiénes son los que no vendrán? pregunté, porque no sabia lo que mi amigo queria decir.

—Nuestros altos señores y nobles barones de C... los Genévry, los du Dressant, los Maleseard y consor

tes, que creerian deshonrarse viniendo á mi casa. Par diez, que tal orgullo les sienta bien! Porque tienen un palomar en medio de un pantano lleno de patos, la echan de poderosos castellanos; una turba de necios hidalgüelos estúpidos de padres á hijos.

—D, apóstrofe, Ambergeac, le respondi, crei á tu casa reconciliada con la de Montmorency.

—Hé aquí uno, por fin, repuso el subprefecto insensible á mi observacion; y me señaló con la vista á un hermoso anciano que entraba en este momento sin permitir que el criado le anunciase.

--El conde de Genévry, un verdadero noble; los Genévry datan de 1300. Acabo de hacer reparar el camino que pasa por delante de su castillo.

--Pero viene solo!

--Cómo, no viene con su muger!

Mr. de Genévry se deslizó por entre las personas que nos separaban de él con toda la facilidad de un hombre de mundo y saludó con la mayor política á Dambergeac, que le salió al encuentro.

—No tendremos el gusto de ver á la señora condesa? dijo Harmodio mirándole fijamente; nos habia hecho esperar sin embargo que...

—Está enferma, respondió el anciano con un tono penetrado de dolor, realmente enferma y descousada por estarlo hoy. Pero vos lo sabeis, mi muger tiene una salud tan débil, tan caprichosa... Concluida que sea la contradanza iré á ofrecer sus excusas á Mad. Dambergeac, á quien diviso desde aquí hermosa y seductora como nunca.

Y el conde se acercó á los que bailaban, tal vez para admirar de mas cerca las hermosas espaldas de la subprefecta, dignas en efecto de la admiracion de un antiguo aficionado. Harmodio hizo oír una especie de gruñido sordo.

—Enferma! dijo, esta mañana estaba en misa. Si creerá ese viejo marques de Lanturlu que me trago sus excusas! Ahora que tiene el camino de su casa en buen estado, espera cumplir conmigo con una visita?

Paciencia! Aun no tiene la edad de exencion, y puede estar seguro de que he de hacer que le eche el guante la guardia nacional. Su muger está mala! Qué dices tú de esto?

—Digo que no hay ley alguna que obligue á una muger á ir á un baile, aunque sea un baile de subprefecto. Pero, respóndeme, conoces bien á ese Morisset que está en frente de tu muger, y que en este instante parece una paviota en actitud de tomar el vuelo?

En efecto, el poeta con la cabeza caída hácia la espalda, la cabellera al viento, los dedos pulgares en los bolsillos del chaleco, y los codos redondeados en forma de alas ó mas bien de alones, bailaba un *balancé* delante de Mad. Dambergeac con las gracias y dignidad de un pavo-real que hace la rueda. En el momento mismo en que yo atraia sobre él la atencion de Harmodio, sacó los dedos de los bolsillos, donde parecian aprisionados, para recibir, como lo exigia la figura, las manos de la subprefecta; entonces alcancé á divisar entre el pulgar y el índice del receptor un objeto casi imperceptible, pues apenas salia del guante tres ó cuatro lineas, pero que resaltaba por su blancura sobre el fondo amarillo del guante. Concluida la vuelta de manos, Mr. Morisset se la frotó con una especie de movimiento triunfante, y reintrodujo los dedos en los bolsillos de su chaleco. El pequeño objeto blanco habia desaparecido. Miré á Mad. Dambergeac; estaba muy ocupada haciéndose aire con su pañuelo, que parecia tener asido con fuerza.

—Morisset? respondió mi amigo que habia mirado sin ver segun costumbre inmemorial de los maridos; es muchacho de bastante talento, aunque mi muger le encuentra hombre de demasiadas pretensiones; es uno de nuestros *leones*; tiene un sin fin de pequeñas habilidades de sociedad; canta, hace versos, toca el clarinete, y entre nosotros yo creo que sigue de bastante cerca á Mad. Capricard, mientras que el robusto notario pierde el dinero al juego. Esposo estúpido!

Nada contesté á esta salida de Harmodio; esta burla

de parte suya tenia algo de realmente aflictivo.

—Esposo estúpido! repetí en mi interior; tu muger acaba de recibir un billete á tu misma vista, sin que tú lo hayas visto con mas claridad que si bubiera sido una suerte de escamoteador; ric, tienes motivo para hacerlo; riéte de Mr. Capricard.

—El señor marques de Montagnac, anunció en este momento el criado, lanzando con pompa este apellido gascon en medio del estrépito del baile.

—No le agradezco á este su visita, me dijo Harmodio. Es un solemne perillan que por miedo ha continuado siendo alcalde de su pueblo despues de la revolucion, y que ahora hace alarde de adicto al actual orden de cosas para emplear á sus hijos. Pero, Dios me perdone, no trae corbata negra y botas?... Sí á fé mia! botas... Hace bien el muy bruto en no incomodarse.

Harmodio frunció las cejas y tomó su actitud mas imponente, en vez de salir á recibir al recién-venido. El marques era un hombre de pequeña estatura y fisonomía astuta y burlona, vestido con esa indiferencia de traje familiar á los caballeros campesinos; se adelantó enseñando unos grandes dientes á manera de sonrisa y sin cortarse lo mas mínimo por la actitud severa y espetada de Dambergeac.

—Vuestro baile es encantador, señor subprefecto, dijo, acompañando este cumplimiento con un saludo desembarazado á que el dueño de la casa contestó con una ligera indicacion de cabeza. Desde la entrada he reconocido el gusto perfecto de Mad. Dambergeac. He venido espresamente de Montagnac para asistir á vuestra reunion, y me felicito por mi feliz idea. Cuanto veo aquí es indudablemente de una elegancia...

—El señor marques sin duda ha venido á caballo? respondió Harmodio sin aplacarse con estas alabanzas; su vista, recorriendo al caballero de arriba abajo, se detuvo en las botas que habian herido su amor propio de amo de casa con una mirada magistral.

—Adivino la causa de vuestra estrañeza, señor sub-

prefecto; sin duda os sorprende ver á un pobre aldeano de aldea con botas; creíais encontrarle con zuecos.

—Cómo, señor marques... seria siempre un honor para mí .. aun con zuecos... tartamudeó el subprefecto tan cortado como un pedagogo que recibe de mano de su discípulo la palmeta que se le destinaba.

Dejé á mi amigo en campaña con el aldeano, que aspiraba lentamente un polvo de tabaco sonriendo al mismo tiempo maliciosamente.

La contradanza habia concluido, y yo queria aclarar un punto mas interesante para mí que la pequeña guerra en que Harmodio me parecia que habia de quedar vencido. Acercándome á Mad. Dambergeac, que en este instante acababa de sentarse, entablé la conversacion por una de esas futilidades que se dicen en un baile, cuando no se encuentra que decir; pero esta vez mi pregunta llevaba un objeto.

—Qué precioso pañuelo os sirve de abanico! Cómo llamais á esta clase de bordado? á la *cadena* ó al *tambor*?

—*Al pasado*, respondió Mad. Dambergeac reteniendo y arrugando el pañuelo que yo trataba de tocar para resolver mejor mi pregunta.

—No vais á invitar á Mad. Capricard? añadió con viveza la esposa de mi amigo.

Obedecí á este cambio de conversacion, echando maldiciones sin cuento á la sustanciosa esposa del notario, pero sin perder de vista el bordado pañuelo que yo acusaba de encubridor, y que la subprefecta arrugaba con aire preocupado, alternando al mismo tiempo en la conversacion. Concluida cierta maniobra oculta que no pude distinguir con claridad, colocó negligentemente el pañuelo sobre sus rodillas, pero en este movimiento noté que el boton de uno de sus guantes se habia soltado. Los primeros compases de un vals se oyeron en el mismo instante y yo me apresuré á apoderarme de la mano sospechosa.

—Hé aquí el vals que me habeis prometido, dijo

para justificar esta familiaridad.

—Os engañais; os he prometido el tercero, respondió Mad. Dambergeac retirando la mano con mas viveza aun que el pañuelo, pero no con la bastante para evitar que yo deslizase traidoramente los dedos por debajo, y me cerciorase de que existia un papel entre el guante y la mano. Habiendo sobrevenido el verdadero compañero de vals, que no era otro sino Morisset, saludé á la subprefecta con una sonrisa de resignacion. Cuando llegó mi turno de bailar con ella, el guante habia vuelto á su estado de inocencia lo mismo que el pañuelo. Qué habia sido del billete durante tan largos viajes? no podia adivinarlo yo; pero era seguro que *caminaba*.

Ningun otro accidente digno de ser contado tuvo lugar en el resto del baile. Cuando estuve de vuelta en mi cuarto, recapitulé las observaciones que habia hecho en el dia, y reuní consejo para decidir lo que era necesario hacer.

—El poeta tenia razon, pensé; el soneto á Marta está en este momento en su destino, y mi amigo Harmodio se ve amenazado (sin conocerlo, ah marido verdadero!) de la mas humillante catástrofe que á un hombre puede sobrevenir. Cuál es mi deber en esta ocasion? Intervendré?

No es esta cuestion de las que se pueden resolver *ex-abrupto*, á las cuatro de la mañana, saliendo de un baile; así, me acosté sin ocuparme mas de ella diciendo con el clásico:

—Los negocios para mañana.

Debo confesar aquí un sentimiento bastante malo que me hizo sentir al despertarme el recuerdo de la catástrofe de que se veia amenazado mi amigo; el interes que me inspiraba no estaba exento de un tanto de burla; esta pequeña traicion en todo caso se encontraba justificada por los antecedentes de nuestras relaciones, y no era mas que un desquite. En la universidad, Harmodio me habia arrebatado, con toda la deslealtad imaginable, el corazon de una linda jóven

que, sin él, me hubiera permanecido fiel, tal vez! La ley del talion legitimaba pues unas sangrientas represalias, á cuyo lado una sonrisa involuntaria era la venganza mas perdonable. Me reproché sin embargo esta sonrisa; empleé cierta magnanimidad en olvidar mis injurias pasadas, y para estar seguro de no dejar influir en mi decision los consejos del rencor, formulé en términos generales la cuestion que me habia propuesto resolver.

El sentimiento que nos hace poner á disposicion de un amigo nuestra bolsa, nuestro crédito, nuestra espada en un caso, nos impondrá tambien el deber de prevenir una desgracia conyugal que le amenace? Tal fué la cuestion que me propuse á mí mismo, paseándome por mi habitacion, donde me habia encerrado como en el círculo de Popilio; cuestion grave, árdua, capaz de causar embarazo á las cabezas mejor organizadas, á las almas mas leales y á que yo concluí por responder afirmativamente. A pesar de la autoridad de Moliére, que aconseja no poner nunca el dedo entre el árbol y su corteza, decidí que la amistad creaba obligaciones particulares; que en toda adversidad, matrimonial ó no, Pilades debia socorro á Orestes; entendiéndose siempre la susodicha ley derogada en el caso en que Pilades mismo estuviera enamorado de Hermiona.

Habiendo trazado y determinado de este modo los deberes de la amistad, el derecho que yo tenia, de tomar la defensa de Harmodio, era ya una sencilla cuestion de intervencion; nada es mas elástico, en amor y en política, que los principios de este derecho; rebeldes y funestos con frecuencia á los que los aplican torpemente, obedecen siempre á una mano poderosa ó hábil. Lo esencial en estos casos es ser el mas fuerte y llegar á tiempo: en cuanto á fortaleza, mi vanidad me impedia temer la superioridad de Morisset, y mis observaciones preliminares me habian cerciorado de que el debate estaba aun indeciso. Una vez reconocidos el derecho y la oportunidad de la in-

tervencion, quedaba aun por determinar la manera de efectuarla. Aquí se hubieran complicado las dificultades para una inteligencia vulgar; pero á los ojos de un hombre que reuniera á alguna experiencia de la vida algun conocimiento del mundo, no habia mas que dos caminos que tomar. Avisar al marido hubiera sido un rasgo de camarera despedida; dirigirse al amante tenia un carácter de quijotismo muy ridículo; convertir á la esposa pecadora con un patético sermón sobre los deberes conyugales, hubiera sido magnífico sin duda alguna; pero acostumbrado á desempeñar siempre en ocasiones parecidas el papel de abogado del diablo, temia perjudicar con mi torpeza á la causa que trataba de defender. Un solo partido era á la vez prudente, hábil y conveniente. Para proteger al marido contra las tentativas del amante, era indispensable hacer el amor á la muger; de este modo todas las dificultades producidas por una delicadeza demasiado escrupulosa se desvanecian á un tiempo; amante de Mad. Dambergeac tenia el derecho de decirla cuanto quisiera; rival de Mr. Morisset, me encontraba frente á frente y en leal combate con él: Harmodio, en fin, no tenia motivo alguno de queja, pues era para defender su propia bandera para lo que yo vestia el uniforme enemigo; ademas de que ¿el fin no justifica siempre los medios?

Cuando bajé á la hora del desayuno, mi partido estaba tomado: la subprefecta tenia un amante mas. La calma completa de esta pasion improvisada me permitia no cometer falta alguna; así, lejos de comprometer mi triunfo con genuflexiones inoportunas y anticipadas, escollo de las almas verdaderamente enamoradas, me impuse una impenetrable reserva. Durante tres dias enteros, observé con una atencion estrema y continúa á la muger á quien trataba de agradar: al cuarto dia juzqué mi estudio completo, y creí poder tomar la ofensiva sin imprudencia. Mad. Dambergeac era una de esas mugeres de carácter débil, como se encuentran muchas en la sociedad, en pro-

vincia sobre todo. No la habia impelido hácia los senderos donde la veia próxima á perderse, ni la ternura de un corazon ávido de impresiones, ni la fogosidad de una organizacion ardiente, ni la audacia de una alma corrompida; sino la necesidad de una emocion, de una intriga, de un peligro tal vez, que llegase á interrumpir la monotonía de su existencia vacía y fastidiada. Educada en París, Marta no habia podido aun acostumbrarse á habitar en un pueblecillo perdido al pié de los Pirineos, ni á la sociedad vulgar é insípida que se veia precisada á recibir; rebelada en secreto contra su posicion, no habia tardado en hacer de ella un crimen contra su marido; y una vez en este terreno habia marchado por el rápidamente.

Poco á poco y sin saberlo, Harmodio se habia hecho culpable para con ella de un sin fin de crímenes, imaginarios las mas veces, pero por esta misma razon mas graves á los ojos de la jóven. Lo mas curioso era que á fuerza de persuadirse á sí misma que era desgraciada en su matrimonio, que se encontraba desconocida, que no era comprendida en una palabra, habia logrado hacer adoptar esta opinion á las personas entre quienes vivia. Siempre que entraba en un salon de C..., apoyada en el brazo de Harmodio, ella tan pálida, tan melancólica, tan lánguidamente plegada, él tan grueso, tan fresco, tan atlético, la compasion universal acogia al ángel débil y doliente, mientras que la reprobacion de todos acusaba al marido de insensibilidad en razon del bermellon de sus megillas, y de despotismo por su presencia colosal. Al contrario de lo que se vé en el personaje de Moliére, Dambergeac pagaba interes por su salud robusta: reo, por tener una constitucion vigorosa, parecia que su salud florecia á espensas de la de su muger; culpable de robustez en primer grado, pasaba por un Enrique VIII en traje de prefecto.

El ensueño mas querido de una muger que, con razon ó sin ella, se encuentra desgraciada y no comprendida, es encontrar un corazon que la con-

suele, una inteligencia que la adivine; por tanto, me vi en la necesidad de confesar que con sus versitos, sus miradas moribundas, su pasión almivarada, perfectamente perfumado de melancolía, simpatía y violeta, el receptor de contribuciones había seguido un camino acertado. Ordinariamente es de una política hábil obrar de un modo contrario al del rival que se quiere suplantar. En cualquiera otra circunstancia hubiera tratado de combatir la pasión llorona de Mr. Aimé con el fuego sostenido de una galantería festiva, elegante y desenvuelta; pero Mad. Dambergeac se había identificado de tal modo con su papel de ángel desconocido, sus hábitos de víctima estaban tan arraigados, que un amor vivo y risueño me hubiera perdido desde luego para con ella. La mayor parte de las mugeres pretenden que las diviertan, esta ante todo quería ser consolada. Que no tenga cuidado en cuanto á esto, pensé, yo la consolaré.

Por la fuerza pues de los sucesos me encontré lanzado en seguimiento de Mr. Morisset á la arena de un amor elegíaco y melancólico; sirviéndome de una comparación de jockey de que no hubiera podido ofenderse: yo tomaba la mitad, él llevaba la delantera y estaba mejor colocado; pero gracias á la buena opinión de mí mismo, que rara vez me abandona, pensaba arrebatarle una y otra de estas ventajas. Hé aquí las razones en que se apoyaba mi presunción. Mr. Morisset era pequeño, grueso y rubio, tres defectos capitales para desempeñar el papel de galán joven sentimental: yo por el contrario soy alto, moreno (el color apasionado por excelencia), muy pálido (otra dichosa casualidad), bastante delgado para hacer creer que se tiene un alma devoradora, según la regla aquella: la espada gasta á la vaina. Además, hay en mi fisonomía cierta dosis de serio y reflexivo que me es muy fácil convertir en un enternecimiento profundo ó en una amarga tristeza; poseo, cuando quiero, el rostro mas desesperado que se puede imaginar; por medio de una pequeña contracción, cuyo secreto no diré,

atraigo á mis mejillas un rubor pasagero y puedo derramar en las ocasiones solemnes hasta tres lágrimas, lo cual es un terrible medio de seducción con las mugeres desgraciadas. Mr. Morisset tenia, es verdad, muchas habilidades de sociedad, pero tengo tambien las mias. El tocaba el clarinete, yo toco el *fagot*, instrumento mucho mas melancólico é insidioso; él hacia versos: quién no los hace? A los diez y ocho años habia yo escrito una tragedia y tres cantos de un poema épico.

No me queda sino una cosa que hacer, pensé por conclusion, y es entonar la cantinela consoladora que hace tiempo está preparando este amante tenebroso y atacar con vigor y decision, de modo que no se sienta á nadie mas que á mí; y sin tardar un instante puse manos á la obra. Habitando en la subprefectura, viendo por consiguiente á Mad. Dambergeac á todas horas, tenia en mi favor las mas felices probabilidades, y podia emplear en mi conducta tanta consecuencia como gradacion. Insensiblemente la indolente amabilidad que habia desplegado los tres primeros dias, se convirtió en una reserva pensativa acompañada de cuando en cuando de un tanto de tristeza. Mi fisonomía fué tomando cada vez una espresion mas tierna y penetrante, como la de un hombre que asiste á un espectáculo lastimoso. A caza de las faltas inocentes que cometia Harmodio en el interior de su casa, mi vista, cuando alguna de ellas se consumaba, buscaba á la de su muger como diciéndola: Angel que sufrís, yo llevo la mitad de vuestra cruz. La irritabilidad caprichosa de la jóven parecia haberse inculado en mí. Si Harmodio se permitia alguna jovialidad algo vulgar, yo fruncia el entrecejo en respuesta á la espresion de dignidad desdeñosa que se pintaba en el rostro de Marta; si hacia crugir el pavimento su paso prefectoral, yo sentia la misma impresion nerviosa que Marta; si cantaba, hablaba ó reia olvidándose de poner una sordina á su voz de bajo metálica y profunda, yo sufría en el estómago al pár de Marta.

En fin, mi amigo tenia un perro llamado Medoro de costumbres amables, aunque descuidado en su aseó como todos los de aguas, con el cual en otras circunstancias hubiera trabado relaciones con placer, á pesar de sus incultos mostachos. En cuanto conocí que estaba en desgracia de la subprefecta impuse silencio á mis inclinaciones, y siempre que el animal venia á hacerme proposiciones le rechazaba sin piedad.

—Sabes que te has hecho furiosamente remilgado? me decia Dambergeac que notaba mis manejos, aunque sin adivinar el objeto de ellos.

—Otra alma que me comprende, otro corazon que simpatiza con el mio, pensaba Marta: y algunas veces este pensamiento se reflejaba en sus ojos.

Por lo tocante á Morisset, que venia de cuando en cuando á la subprefectura, y á quien encontrábamos siempre en todas las casas en que me habia presentado Dambergeac, ya no me hablaba palabra; pero su silencio, su actitud disgustada é imponente, el aire de ansiedad y de cólera con que espiaba mis acciones, me probaban bastante que conocia mis designios y que un rival ve siempre mas claro que un marido. A la desgracia de estar celoso añadia el poeta el ridículo de hablar de sus celos.

Yo hacia el gasto de todas sus conversaciones con Mad. Dambergeac; en vez de aprovecharse de unas ocasiones que yo hacia mas raras cada dia con mis asiduidades, perdia un tiempo precioso en reconvenciones, reproches, inoportunidades y tonterías de todas especies; yo me guardaba muy bien de seguir su ejemplo y de cometer tales niñadas. Jamás pronunciaba su nombre en presencia de Mad. Dambergeac; se hubiera dicho que á mis ojos no existia.

En mi opinion, un hombre nunca debe hablar á una muger sino de ella ó de sí mismo. Yo hablaba con Marta de ella solamente, hasta que pudiera sin imprudencia hablar de mí mismo; esperaba para hacerlo algun crimen notable de Harmodio, con el objeto de tener en apoyo de mi declaracion á la irritacion ner-

viosa que su muger experimentaba siempre en estos casos. Una vez colocado en mi posicion de consolador estaba decidido á acabar de un solo golpe con la rivalidad de Morisset. La ocasion que tanto deseaba no tardó en presentarse.

Una mañana, quince dias despues de mi llegada á C... sobre poco mas ó menos, oí la voz de Harmodio que resonaba con energía no acostumbrada en el comedor. Me apresuré á bajar y encontré á mi amigo en un acceso de franca y turbulenta cólera que me recordó el carácter impetuoso que le habia conocido durante nuestros cursos de derecho. A propósito de cierta reprimenda administrativa del prefecto de su departamento, juraba y perjuraba, daba el oficio á los diablos, y hablaba de ir á dar de bofetadas al magistrado que se habia permitido reconvenirle. En el momento en que yo entré en la habitacion, Medoro, que habia puesto las manos en las rodillas de su dueño para consolarle, acababa de rodar debajo de la mesa volteado por un revés, destinado sin duda imaginariamente al insolente malandrin. A mi vez, quise intervenir y hacer oír palabras de calma y de razon; pero fuí reducido al silencio por una frase enérgica, á cuyo lado el mas espantable juramento hubiera parecido una plegaria. Hasta entonces, Mad. Dambergeac habia permanecido inmóvil en su silla, muda y desdeñosa, contemplando á su marido con la impassibilidad que causa una repugnancia profunda; á este último apóstrofo que en efecto escedia de los límites que al arrebató mas violento prescribe la presencia de una muger, se levantó sin decir una palabra y salió del aposento con un aire de reina ultrajada. El furor de Dambergeac se calmó instantáneamente; á su vez, se levantó inquieto y confuso; quiso correr en seguimiento de Marta; pero se detuvo por reflexion:

—Ya está enfadada, me dijo, y tenemos lo menos para quince dias; porque á pesar de sus escelentes qualidades, ninguna tolerancia tiene con mis pequeñas vivacidades. Sin embargo, qué diantre! nadie es

perfecto y la impertinencia de ese estúpido prefecto haría jurar á un santo... Si trato de aplacarla no me escuchará; ve á buscarla, hazme el favor, y dilata... dilata lo que quieras, con tal de que se la quite el enfado y de que deje sus grandes modales de emperatriz. Esta noche tenemos sociedad, y no tengo maldita la gana de que el pueblo entero venga á enterarse de nuestras pequeñas discusiones domésticas.

Bajé al jardín, donde habia visto entrar á Mad. Dambergeac; la encontré debajo de un emparrado; andaba lentamente, lánguida é inclinada como una flor que acaba de ser herida por la tempestad. Al oír el ruido de mis pasos, se volvió; vi entonces algunas lágrimas suspendidas de sus párpados.

—Llorais! exclamé con acento tan patético como el de Orosmanes.

Llevó el pañuelo á sus ojos, y trató en seguida de mostrar la sonrisa en el rostro.

—Qué idea debeis haber formado de nosotros! me dijo.

—De vos ó de él? respondí.

—De los dos; sois burton, lo sé, y es esta una buena ocasion para divertirnos á espensas nuestras. Cuando esteis de vuelta en París, sin duda contareis á vuestros amigos lindas historias sobre lo que habeis visto aquí: quisiera poder oír lo que direis de mí.

Imprimí en mi fisonomía la espresion mas compasiva que pude encontrar, y lanzando á la subprefecta una larga y tierna mirada que ella no trató de evitar, respondí á media voz:

—*Una muger jóven y hermosa que une á las gracias del talento las cualidades del corazon, encadenada á un hombre vulgar, grosero, déspota, incapaz de apreciarla, es una historia muy corta, que puede ser contada en dos palabras.*

Me habia parecido del mejor efecto robar á mi rival la patética frase que me habia recitado en la diligencia. Mad. Dambergeac la encontró sin duda de buena ley, porque la escuchó sin pestañear y con un

aire que no me prohibia continuar. Una vez lanzado en la gerga familiar á los que se encargan de consolar mugeres afligidas, la improvisacion era fácil; mi fondo propio de vulgaridades me bastaba; hubiera estado hablando sin detenerme tres dias con sus noches. En vez de llenar la comision que me habia encargado Harmodio, me ocupé en establecer, siempre en intereses suyo por supuesto, en primer lugar, que mi bella interlocutora era la mas desconocida y desgraciada de las mugeres, así como era tambien la mas hermosa; proposicion doble que fué aprobada sin discusion: en segundo lugar, que un solo hombre en el mundo era capaz de comprender esta reunion de encantos, de seduccion y de dolor que se llamaba Marta en la tierra, para llamarse mas tarde ángel en los cielos; aquí di rienda suelta á mi elocuencia, que corria grave riesgo de pasar por un plagio. Afortunadamente las mugeres son indulgentes con quien las lisongea; rara vez acusan de repetido al esposo que siempre las representa hermosas, á la voz que las dice amores. Por otra parte, señora, este dia hablé yo muy bien, os lo juro; realcé, con una multitud de adornos de gusto moderno, un asunto tan ingrato: hice brillar como diamantes de la mas pura luz todos esos pedazos de vidrio romántico; deletreé todo el catecismo sin olvidar un Pater ni un Ave. Recité lo de simpatía, atraccion, union de los corazones, magnetismo, misticismo, platonismo, swedenborgismo, pasion ideal, angélica amistad, alma gemela, alma abandonada, toda la letanía sin olvidar una palabra. No hay necesidad de decir que el alma abandonada era la de Marta, y la gemela enamorada de su hermana era mi propia alma, mi alma exaltada y devorante (que os parece?) que hacia treinta años que suspiraba dia y noche demandando al cielo su otra mitad.

Mad. Dambergeac se habia sentado al principio de mi discurso como muger resuelta á escucharlo hasta el fin; de cuando en cuando me interrumpia con una de esas observaciones, burlonas solamente en la for-

ma, que en vez de embarazar el camino, abren otros nuevos al orador; á pesar del *mentis* que indicaba una sonrisa incrédula, su atencion profunda me garantizaba el interes que la inspiraba mi hiperbólica fraseología.

—No os creo, me dijo respondiendo á mi teoría de las almas gemelas; no nacen las almas por parejas. Son quimeras, sueños! Pero, por qué ocultarlo? esas quimeras me parecen hermosas, esos sueños no nacen sino en los corazones elevados. Sin querer preocupar mi imaginacion con los milagrosos efectos que atribuis á la simpatía, no puedo negar algunos de ellos que yo misma he experimentado. Sin duda hay cosas que se adivinan antes de verse, personas que se presienten antes de conocerse. A vos, por egemplo, á quien tan poco tiempo hace que vi por primera vez, me parece que siempre os he conocido.

—Conocido! repetí en mi interior; pero cuanto mi pensamiento tuvo de respetuoso y de trivial, tanto tuvieron mis palabras de humilde y melancólico.

—Pues como decís, señora, comprendéis tan bien lo que yo espreso tan mal, no me concedereis los privilegios de un amor antiguo, y que por mi parte al menos será eterno!

—Mi amistad! respondió Marta sin dejarme acabar, y paseando por el espacio sus hermosos ojos azules con aire pensativo é indeciso.

—Héme aquí en la misma línea que Mr. Aimé, me dije á mí mismo. Este pensamiento y la palabra que acababa de pronunciar la jóven me inspiraron la idea mas maquiavélica,

«Tu amistad para mí es poco ó nada»

respondí con el acento de un hombre, que como Olin-do desea mucho, pero espera poco.

Mad. Dambergeac se estremeció y me dirigió una mirada, al mismo tiempo que un rojo ardiente aparecia en sus mejillas habitualmente pálidas.

Esta debe ser la última hora de Morisset, pensé; y continuando con audacia sin igual.

—Perdonadme, digo, es un recuerdo cuando uno tiene la desgracia de hacer versos, á su pesar se ve perseguido por las reminiscencias. Si vuestra mirada no me hubiera detenido, acaso habria recitado un soneto entero, que compuse el otro dia á ese ser ideal que se desembuelve en sueños á nuestros ojos antes de presentárenos bajo una forma real; si yo os digera que hace diez y seis dias viniendo á C., y por consiguiente antes de haberos visto, mi imaginacion dotaba al ser predestinado, de cabellos rubios, de ojos azules de esa palidéz de rosa blanca, de toda esa fisonomía suave y melancólica que hoy tengo la dicha suprema de contemplar, reusariais aun creer en los presentimientos?

—Decidme vuestros versos; contestó la joven.

Sin titubear, sin cambiar una sola palabra, recité el soneto del Receptor de Contribuciones.

—Habeis leído á alguien el soneto ese? repuso la Sra. Dambergeac, con un asombro que en vano trataba de disimular.

—A nadie: he dicho mal; creo haberlo recitado á Mr. Morisset, mi compañero de viage. Que pensais de la semejanza de este retrato trocado por mí antes de conocer el original?

—Vuestros versos son encantadores, me respondió Marta con voz rápida y entrecortada; merecen el favor que piden.

Y sacando de su pecho un papelito, se lebantó, lo puso en mi mano, hechó á correr y desapareció bien pronto por detras del emparrado.

Asombrado á mi vez del buen éxito de mi bribonada, permanecí un momento inmóvil escuchando el roce de su vestido entre las ojas, y dudando si soñaba. Maquinalmente abrí el papel que tenia en la mano; un rizo de cabellos se ofreció á mi vista un precioso rizo dorado, recientemente cortado y segun todas las apariencias destinado al verdadero autor del soneto, que hacía quince dias

que lo esperaba.

Sic vos non vobis, exclamé con la hilaridad de un estudiante dejándome caer en un asiento; ah! Maese Morisset, bien diestro sereis si lograis parar este golpe de Jarnac. (*) Héos aquí convencido de haberme robado mis versos ó de haberme hecho el confidente de vuestro amor; un engaño ó una indiscrecion en primer grado!

Coloqué el rizo en el bolsillo de mi chaleco al lado del corazon, y aun creo que antes lo besé y no sin placer. Prescindiendo del amor, los cabellos de una muger bonita tienen un encanto real muy dulce á los labios. Al volver encontré á Harmodio que venia á mi encuentro.

—Gracias, por tu intervencion, me dijo, Marta está aplacada.

Esperaba yó con impaciencia la escena que no podia menos de tener lugar á la primera entrevista de la subprefecta y de su poético adorador. Aquella misma noche se satisfizo mi curiosidad, Hacia bastante tiempo que los salones estaban llenos cuando llegó Morisset. La Sra. Dambergeac, que desde el principio de la noche tenia los ojos fijos en la puerta, fué la primera en dar á su chichisveo ocasion para un diálogo que tenia la costumbre de di-

(*) *Golpe de Jarnac.* A principios del reinado de Enrique Segundo de Francia tuvo lugar en presencia del Rey y de la corte un combate bastante notable entre los Sres. de Ehataigneraye y de Jarnac. Las probalidades del triunfo estaban todas en favor del primero que era hombre fuerte y muy esgrimidor; pero en esta ocasion fué de Jarnac mucho mas diestro, pues logró pegar dos estocodas en el costado derecho á su contrario, metiéndosele por bajo de la espada. Desde entonces ha quedado en uso entre los franceces la locucion golpe de Jarnac para designar un ataque disimulado y encubierto.

ferir y aun de eludir á veces para hacer conocer mejor su valor: con una de esas miradas que tan facilmente comprenden los amantes le autorizó á venir á hablarla. Desde el ángulo del salon en que yó estaba sentado, oculto tras del opulentísimo busto de la Sra. Capricard, que jugaba su décima quinta partida de ecarté, no perdía ningun movimiento de los interlocutores, y sin oirlo podia comprender perfectamente todo el sentido de su diálogo. Sin dejar al poeta tiempo para acabar su saludo, la subprefecta le dirigió una interpelacion, aterradora sin duda, por que él palideció y se apoyó contra la chimenea, como si se hubiera puesto malo. Mientras balbuceaba una respuesta que su emocion debia hacer ininteligible, la joven lo *remató* con una sola palabra conteniendo una definitiva licencia absoluta; y lanzándole una mirada tan desdeñosa como despótica se acercó á un círculo de Señoras sentadas en medio del salon, y tomó un sitial con el mismo aire con que Juno irritada hubiera subido á su trono. M. Morisset permaneció algun tiempo apoyada la espalda en la chimenea, amenazando con una catástrofe terrible á los vasos de porcelana que allí habia y royendo sus guantes uno despues de otro. De pronto haciendo un violento esfuerzo sacudió su consternacion, recorrió el salon con una mirada sombría é inquisidora y habiéndome divisado tras del desmesurado turbante de Mme. Capricard que ganaba en este momento su décima sexta partida de ecarté, vino á mí marchando de un modo oblicuo solamente comparable á la tortuosa manobra de uua serpiente.

—Deseo hablaros, me dijo fijando en mí sus grandes ojos, mas saltones aun que de costumbre y que indudablemente me hubieran dado la muerte si hubieran podido lanzar el efluvio ponzoñoso que los del basilisco. Acto continuo salimos del salon.

—Mr. de Cast, me dijo el poeta, hay en vuestra conducta conmigo una astucia, una perfidia y una malicia diabólica cuyos motivos no puedo mas que

entrever por que no soy hechicero: necesito que por ella me deis ó una esplicacion ó una satisfaccion.

—Esplicacion, nunca; satisfaccion, cuando querais, le contesté.

—Mañana, repuso Morisset trágicamente.

—Sea mañana: pero vos comprendeis lo mismo que yó que conviene dar un pretesto cualquiera para un encuentro, que sin esta precaucion, sería sin duda una buena fortuna para la maledicencia.

—Merece acaso tantas consideraciones la reputacion de una coqueta! sin embargo, por mí no quedará: buscaremos ese pretesto. Poneos á jugar al ecarté y hacerlo mal: yó me encargo de lo demas.

—Jugar mal me es muy facil, es mi costumbre.

Sin mas palabras me volví al salón: la Señora Capricard habia ya vencido á su décimo séptimo adversario: me coloqué en el asiento vacante en que ningun jugador osaba ya sentarse, y despues de haber dirigido á la victoriosa notaria mi cumplimiento por el delicioso gusto con que habia combinado su bestido verde-manzana, su turbante amarillo y su chal punzó, entablé la partida. En el mismo instante nuestro poeta se instaló detras de mí, y me previno de su presencia tirando sobre el tapete una moneda de veinte francos que apostaba en mi favor. Yó empecé dándome á mí mismo el rey y el caballo de triunfos, pero me descarté de ellos en seguida aparentando tomar espadas por bastos.

—¡La sota! exclamó mi antagonista.

—Cuando uno no sabe jugar sus cartas, debe pedir consejo, me dijo secamente Morisset.

—Nunca recibo lecciones aunque las doy algunas veces, le contesté midiéndole con una mirada.

—La segunda vez, la Señora Capricard no me dió triunfos; la buena Señora no tenia tan mala costumbre. Yó tiré gallardamente sobre el tapete el nueve de oros, mi mejor carta.

—El rey!... Habeis jugado sin proponer; marco dos tantos.

—He llegado, exclamó mi adversaria entusiasma-

da con su décimo octavo triunfo y desesperada al mismo tiempo por no haber jugado mas que diez sueldos por partida.

—Es imposible jugar mas estúpidamente, dijo mi rival de un modo mas provocativo aun que la primera vez.

—Es imposible tener una dósis mas grande de impertinencia, contesté con una amenidad igual á la suya.

Todo el mundo tenia la vista fija en nosotros; nadie decia palabra: Marta mas pálida aun que de costumbre parecia sufrir mucho sin atreverse á hablar; á mí solo se dirigian sus miradas suplicantes, indicio bien seguro de que, con ella á lo menos, mi partida estaba ganada. Mme. Capricard que me profesaba algun interés, creo yó que hubiera sacrificado hasta diez sueldos por evitar una querrela que parecia increíble. Representada la comedia, Morisset salió del salon, y yó me fui á hecharla de amable en un grupo de Señoras. Un momento despues Harmodio me llamó aparte.

—Que diablos quiere decir esto? me dijo bruscamente. Acabo de decir cuatro palabritas al alma á Morisset. ¡Una disputa sobre el juego! ¿Habeis tamodo mi salon por un garito? ¿Qué significa esto?

—Esto significa que mañana me tiraré un par de pistoletazos ó de estocadas con el Señor Receptor. Cuento contigo.

—¡El diablo cargue contigo! ¡Estando en guerra con mi prefecto, no me faltaba mas que servir de testigo en un desafio para recibir de su mano uua peluca en toda forma.

Me dejarás arreglar el asunto este, no es verdad?

—Yo repetí á Dambergeac las palabras que habian mediado de una parte á otra.

El se mordió los labios con un humor peor aun.

—Haced vuestro gusto, me dijo, degollaos enhorabuena.

En seguida con un acento en que se traslucia cierta especie de inquietud.

—Eres ahora tan tirador, continuó, como cuando estábamos en la Universidad?

—Con la pistola, respondí, estoy casi seguro de acertar á un elefante á distancia de cinco pasos: en la espada soy de la fuerza de Mr. Jourdain; (*) con tal de que mi contrario no empeñe en tercera antes que en cuarta, nada temo.

—Maravillosamente, dijo Harmodio silvando por lo bajo segun acostumbraba hacer siempre que sufría alguna contrariedad, he tirado mas de una vez con Morisset, y conozco su juego: el asunto es muy claro. Quieres que pegue al Sr. Receptor un par de bofetadas? Despues de la libertad que se ha tomado en mi casa, sería cosa muy natural, y mañana tendria yó el placer de entenderme con él antes que tú.

Tomé la mano de Harmodio y se la estreché sin contestarle. En este momento tuve tentaciones de devolver á Marta el rizo que me habia dado.

Mi amigo, viendo que era indispensable un encuentro, decidió que nos batiéramos á la espada; al dia siguiente, á las siete de la mañana, estábamos en el campo. Sin hablar palabra me quité el levita, mi adversario hizo otro tanto, y los padrinos cruzaron nuestras espadas. Acto continuo se precipitó el poeta sobre mí tirándome, golpe tras golpe, media docena de estocadas furibundas, muy variadas á lo que pude juzgar en el calor de la accion. Bien ó mal pude parar las primeras: en la última acudí, segun mi mala costumbre, demasiado tarde á la parada y recibí el golpe en el brazo.

—Tocado! dijo Dambergeac que vió mi espada en el suelo.

—Tocado! repetí yó poco deseoso de servir por mas tiempo de blanco á las furiosas estocadas del receptor de contribuciones.

Mr. Morisset limpió la espada con su pañuelo, y

(*) *Le Bourgeois Gentilhomme de Moliere.*

la envainó con estudiada nobleza: Harmodio me vendó el brazo, y volvimos á la ciudad por caminos diferentes.

—No te ha hecho afortunadamente mas que un arañazo, me dijo el subprefecto que era inteligente en la materia.

—Tengo bastante dolor, y me parece que me va á entrar calentura, respondí sin pensar en lo que decia; pero yó tenia mis razones para dar á mi herida un carácter de gravedad que me hiciera interesante.

Al volver á la subprefectura me instalé en mi habitacion, que esperaba convertir, gracias á mi propicia derrota, en cuartel general de mis operaciones. No tardaron en cumplirse mis previsiones. La Señora Dambergeac, vino bien pronto conducida por su marido, á ofrecermé esos cuidados femeninos que ningunos otros pueden reemplazar, y que en tiempos mas lejanos prodigaban sin escrúpulo las mas nobles castellanas á los caballeros heridos por causa de ellas. Habiendo un asunto administrativo reclamado poco despues la presencia del subprefecto, Marta quedó á solas conmigo. La inquietud y la emocion que habia camprimido la presencia de su marido estallaron entonces, tal vez á pesar de ella misma.

Tomando la mano que yó tenia abandonada sobre uno de los brazos del sillón.

—No habeis pensado en mí, me dijo, al tratar de batiros?

—Antes, al contrario, respondí sonriendo, me he batido porque pensaba en vos.

—Un duelo en que hubierais podido morir por una partida de *ecarté*; y volvió la cabeza para ocultarme un ligero rubor.

Estabamos delante de una ventana, yó languidamente sentado, ella de pié á mi lado y guardando mi mano entre las suyas. En este momento resonaron en la calle los pasos de un caballo: Marta los reconoció sin duda, por que se inclinó para ver

al que pasaba: yó imité su egemplo. Era Mr. Morisset colocado en su caballo con una actitud magestuosa, digna de un Emperador Romano: sus ojos dirigidos hácia nosotros radiaban con esplendor marcial, y á cada paso de su cabalgadura se agitaban sobre su espalda sus largos cabellos semejantes á la melena de un leon triunfante.

—He ahí mi vencedor, dije humildemente: viene á reclamaros su corona.

Si tal era el objeto del belicoso paseo de Morisset debió quedar convencido en el acto de que habíamos jugado al *gana-pierde*.

—Una corona! respondió Marta dando á sus palabras ese acento de infefable ironía que las mugeres solas saben encontrar, sería lástima, porque ocultaría esa ancha frente de poeta que debe Mr. Morisset á su nabaja de afeitár.

—Cuando habeis descubierto esa ligera coquetería de Mr. Morisset? Acaso hoy solamente? dije sin poder contener una sonrisa.

—Hoy le encuentro mucha semejanza con una peonía: sin duda vuestro desafío le ha hecho olvidar el vinagre que bebe, segun dicen, para estar palido.

El poeta sin duda adivinó nuestras palabras, porque al pasar por delante de la ventana sus ojos nos lanzaron una mirada furiosa: yó le contesté con otra que hubiera podido significar. Tú me has herido, *mio caro*, pero yo en este momento te mato.

La Señora Dambergeae, obedeciendo al instinto que anima á las mugeres cuando ya no aman, completó la catástrofe de su ex-adorador con una pantomima tan agradable para mi como debió serlo poco para él. A la vista de mi rival tomó mi cabeza entre sus dos manos y me hizo apoyarla en el respaldo del sillón, empleando para conseguirlo una violencia dulce y graciosa en que un testigo debía leer muy bien las atenciones cuidadosas del amor: y como si tan completa victoria no me hubiera debido bastar.

—He prevenido á mi marido que despues de la escena de ayer, no creía deber admitir mas en mi casa á ese Caballero: nunca le volveremos á recibir.

—Morisset murió! exclamé cuando me encontré solo, mi deber esta cumplido: Harmodio está seguro. Al presente es preciso, partir, y mañana sin mas tardar. Marta tiene realmente unos cabellos demasiado sedosos, unas manos demasiado blancas, una voz demasiado dulce, unos ojos demasiado lentos en huir de los míos: sí, partiré! ; Haré en tus arás, amistad santa, este sacrificio, tal véz mucho mas doloroso para mí que la sangre que he derramado por tí!

Al dia siguiente antes de que Marta viniera á verme, estaba decidido á noticiarla mi resolucion y á hacerla particie de mi heroismo. Al cabo de media hora de conversacion, ella se encontró, sin saber como, sentada en mi sillón de convaleciente y yó á sus pies de rodillas: no la habia dicho una sola palabra de mi ausencia, y antes por el contrario la hablaba de quedarme para siempre en C..., de vivir eternamente á su lado, de todas esas locuras en fin que improvisa la pasion y que escucha la debilidad. En medio de un periodo atentatorio á no poder mas contra la santa amistad que yó invocaba la víspera, oí un ruido de pasos casi imperceptible en la habitacion que precedia á la mia. Mis ojos se dirigieron acto continuo á la puerta colocada en frente de mí: en el fondo de la ceradura iluminado por un claro rayo del sol alcancé á divisar distintamente el objeto mas terrible que es dado descubrir á un amante en tentativa de *criminal conversacion* divisé un ojo.

Debo confesarlo, un estremecimiento hizo temblar todo mi cuerpo. Me pareció que este ojo desconocido era una pistola asendada contra nosotros, y cuya bala iba yó á sentir en mi corazon despues de haber atravesado el pecho de aquella muger sentada delante de mí. La grandeza del peligro me dió la presencia de espíritu necesaria: sin levantarme, sin mudar de postura, antes por el contrario conser-

vando la fisonomía y la actitud patética del hombre que solicita y no obtiene, dije en voz baja á Marta:

—No os turbeis, conservad vuestra sangre fria: no volvais la cabeza; no mireis hácia la puerta, alguien nos está escuchando pero nada ha oido todavía. Todo queda á mi cargo; tratarme con dureza; ser la esposa de Harmodio.

La Señora Dambergeac se levantó con la rapidéz de un relámpago, estendió los brazos hácia mí con ademán magestuoso, armó sus lindos ojos con la mirada mas terrible que pudo encontrar y dijo en voz alta y firme.

—Sr. de Cast, si no atribuyera á la fiebre de vuestra herida la locura de vuestro language, jamas os volveria á ver: pero consiento en olvidar cuanto acabo de oir, con la condicion de que nunca mas olvideis vos que soy la esposa de vuestro amigo.

Al concluir estas palabras se alejó con un paso tan imponente como su language; y yó, viendo tan admirable cómica, tan sublime valor me senti mas enamorado de aquella muger de lo que yo habia creido hasta entonces. Al abrir ella la puerta divisé á Harmodio en la habitacion contigua; cuando su muger pasó á su lado la tomó una mano que llevó á sus labios, en seguida entró, cerró la puerta se sentó á mi lado.

—Cuando esperas estar curado? me dijo mirándome fijamente.

—Dentro de unos ocho dias, respondí con tranquilidad

—Bien está: te suplico que hasta entonces con ninguno armes quimera: en cuanto tengas fuerzas para manejar una espada ó una pistola, te habras conmigo.

—Contigo! exclamé aparentando asombro.

—Estas enamorado de mi muger y tratas de seducirla, continuó Harmodio, Una carta me ha prevenido esta mañana.

—Una carta de Mr. Morisset.

—Tal vez; pero de ese ó cualquier otro, poco importa. Yó se muy bien la importancia que debe darse á un anónimo; el testimonio á que he prestado fé es mas digno de crédito; porque el tal testimonio es mi vista. Acabo de verte y de oírte ahora mismo, allí, oculto tras de aquella puerta; dá gracias al cielo de no haber triunfado porque, si yó no hubiera adquirido por mi mismo la prueba de la inocencia de Marta, en este momento no viviríais ya ninguno de los dos. Y para dar mas claridad á sus palabras Harmodio sacó de su bolsillo un magnífico kaudjea (*) de aspecto aterrador.

—Fortuna ha sido que yo viera á tiempo tu ojo, pensé: un minuto mas tarde hubieramos tenido una segunda edicion de Francisca de Rimini.

—Harmodio, dijo en seguida con completa sangre fria porque mi leccion estaba estudiada, todo lo sabes, por consiguiente sería inútil ocultarte cosa alguna. Tu muger es joven, hermosa, encantadora; hace quince dias que la veo á cada instante: para vivir de este modo á su lado sin enamorarse hubiera sido menester ser un santo y yó soy un hombre; tú has dicho bien, la amo.

Damberjeac hizo un movimiento: le contuve con una mirada y continué:

—La amo, pero jamas se lo hubiera dicho porque tambien te amo á tí. Ayer queria partir, aunque padeciendo y herido. Hoy la fiebre ha sido mas fuerte que mi razon: un momento he olvidado nuestra amistad y he sido culpable para contigo: he hecho mal, perdoname.

Harmodio reusó la mano que yo le alargaba.

—Bien adivinas, añadí, que no soy capaz de batiirme contigo: no me defenderia y tú no eres capaz de asesinarme. Estás seguro del cariño y de la fidelidad de tu Señora, que mas puedes apetecer? Ademas crees que yó me espondria nuevamente á

(*) *Puñal Egipcio.*

ser tratado como acabo de serlo.

—Si, no te trataban muy bien á lo que he notado, contestó Harmodio desarmado por la vanidad satisfecha; parece que has encontrado tu Waterloo.

—Completo é irreparable, respondí sonriendo resignadamente; así enviame á Santa Elena; pero no me mates con un cuchillo tan grande.

Harmodio se hechó á reir lo mismo que yó, y tomó mi mano.

—Vamos, dijo, puesto que tú eres Napoleon, yo seré Luis XVIII. Union y olvido. Pero si quieres creerme sigue tu virtuosa determinacion de ayer. Parte; volverás á vernos cuando seas razonable y estés curado de tu pasion... Lo que es indudable es que Marta es amable y honita. En tu lugar acaso hubiera yó caido lo mismo que tú.... aunque la muger ó la querida de un amigo deban ser sagradas.....

—Testigo Carolina, contesté yó aludiendo á mi antigua desgracia de la Universidad.

—Ah! Si, Carolina... Par diez, habia olvidado á Carolina, exclamó Dambergeac lanzando su mas estrepitosa carcajada, y oprimiéndome bajo el peso de su superioridad en materia de galantería.

Mi herida era insignificante: debia partir: mi permanencia en C..... en vez de servir á mi amigo solamente podia ya comprometer su felicidad; el destino de Marta dependia de mi razon. La víspera mi determinacion estaba tomada: en este momento experimentaba al ponerla en ejecucion un sentimiento invencible. No estaba enamorado, pero mi imaginacion se encontraba con los peligros de mi posicion. ¡Tenia en planta una novela tambien empezada y que prometia situaciones tan interesantes! Acaso esa especie de irritacion nerviosa, que producen en el cerebro ya que no en el corazon los obstáculos y peligros imprevistos, obró en la naturaleza impresionable de Marta como en la mia propia. Por la tarde en el momento en que mas distante estaba yó de esperar semejante visita, se abrió la puerta de mi

habitacion y entró la muger de mi amigo.

—Partis? me dijo con voz algo trémula.

—Mañana, respondí con una emocion igual á la suya.

Confiado en la fé de los tratados, Harmodio habia comido fuera de su casa y debia volver muy tarde. Me senté al lado de Marta y tomé su mano. La noche llegaba sin que nosotros lo conociéramos: yó me sentia cada vez mas conmovido y abrasado por una fiebre que no era la de mi herida. Ella estaba triste y encantadora con su tristeza. Viendo que ya no la hablaba yó de mi amor, me confesó el suyo. Acaso era cierto. Al hablar de nuestra separacion sus ojos vertian lágrimas. Y estabamos solos sin que nos acechará el ojo amenazador ¡Oh! sin duda otra mirada, una mirada divina y tutelar velaba por nosotros porque al salir de aquella habitacion tentadora Marta pudo aun acercarse á su marido sin verguenza y yó estrechar sin remordimiento la mano de mi amigo.

Al cabo de algunos dias partí; un mes mas tarde Morisset, avergonzado de su incongruencia, solicitó su traslacion y dejó la residencia de C.... por otra. Un año ha pasado desde entonces: no he vuelto á ver á la Señora de Dambergeac, y acaso no la volveré á ver en mi vida. Nos escribimos sin que lo sepa Harmodio, que acaso se ofendería de esta correspondencia: no comprendería ¡marido rencoroso y poco penetrante! el inapreciable servicio que le hace mi amistad bajo una apariencia desleal. Mis cartas materialmente inocentes son, hace un año, la única salvaguardia de Marta y la protegen contra los sérios peligros que podría correr, mejor que toda la vigilancia de su marido: proporcionan ademas á su ociosa vida una distraccion, un atractivo, un interés que la impiden buscar en relaciones mas peligrosas esas emociones de que las mugeres son tan codiciosas. Tal vez este ligero pecado nuestro evitará otro mayor: tal vez sin esta pequeña rotura de su jaula por donde solamente puede pasar la cabe-

za, concluiría la paloma, que se cree prisionera por romper los hierros que la sugetan. Mis cartas, por otra parte, tienen para Marta mas de una especie de interés: ademas de las pálidas violetas de amor desgraciado que siembro en ellas con profusion, hago botin para mi amiga de todas esas flores parisenses siempre tan avidamente respiradas por una desterrada en provincia. La hablo de los libros que debe leer, de las telas mas de moda, de las ligeras maledicencias de sociedad, ayer de la *hija del Danubio*; mañana de *Puritani*, con que se abren esta noche las representaciones en la opera italiana; mis cartas son á la vez un folletin, un boletin de modas, un diario completo en fin: son 80 francos anuales que hago ahorrar á Harmodio y que el probablemente no me agradecería.

He aquí, Señora; la accion virtuosa que queria contaros. De hoy en adelante, cuando me ocurra hablar de mi mérito en términos modestos, os sonreireis todavía? Por favor, alabadme un poco, sea esta mi única recompensa, el no tener alguna desanima. Si, muchas veces, pensando en mi heroismo que quedará siempre sin alabanza ni premio, y sobre todo cuando recuerdo las blancas manos de Marta prisioneras en las mias durante toda una larga tarde de otoño experimento en mi interior un sentimiento, vituperable tal vez, pero que quiero confesaros; porque os estoy haciendo una confesion general sientto, os lo diré, Señora?.... arrepentimiento do mi accion virtuosa.

Charles Bernard.

